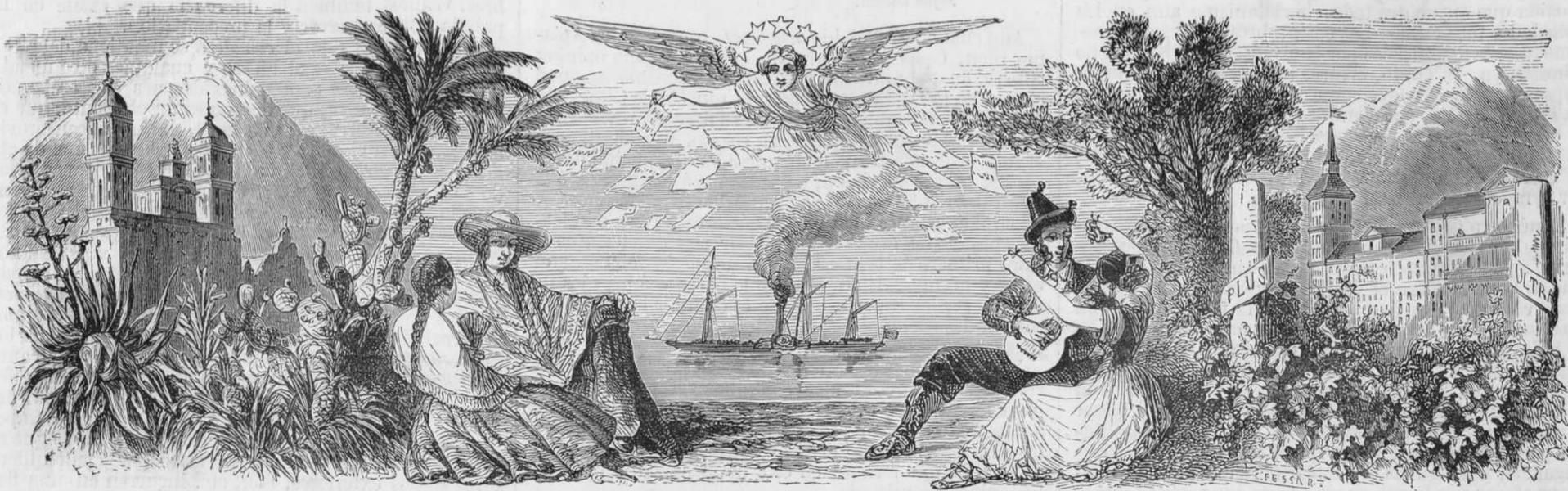


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 202.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

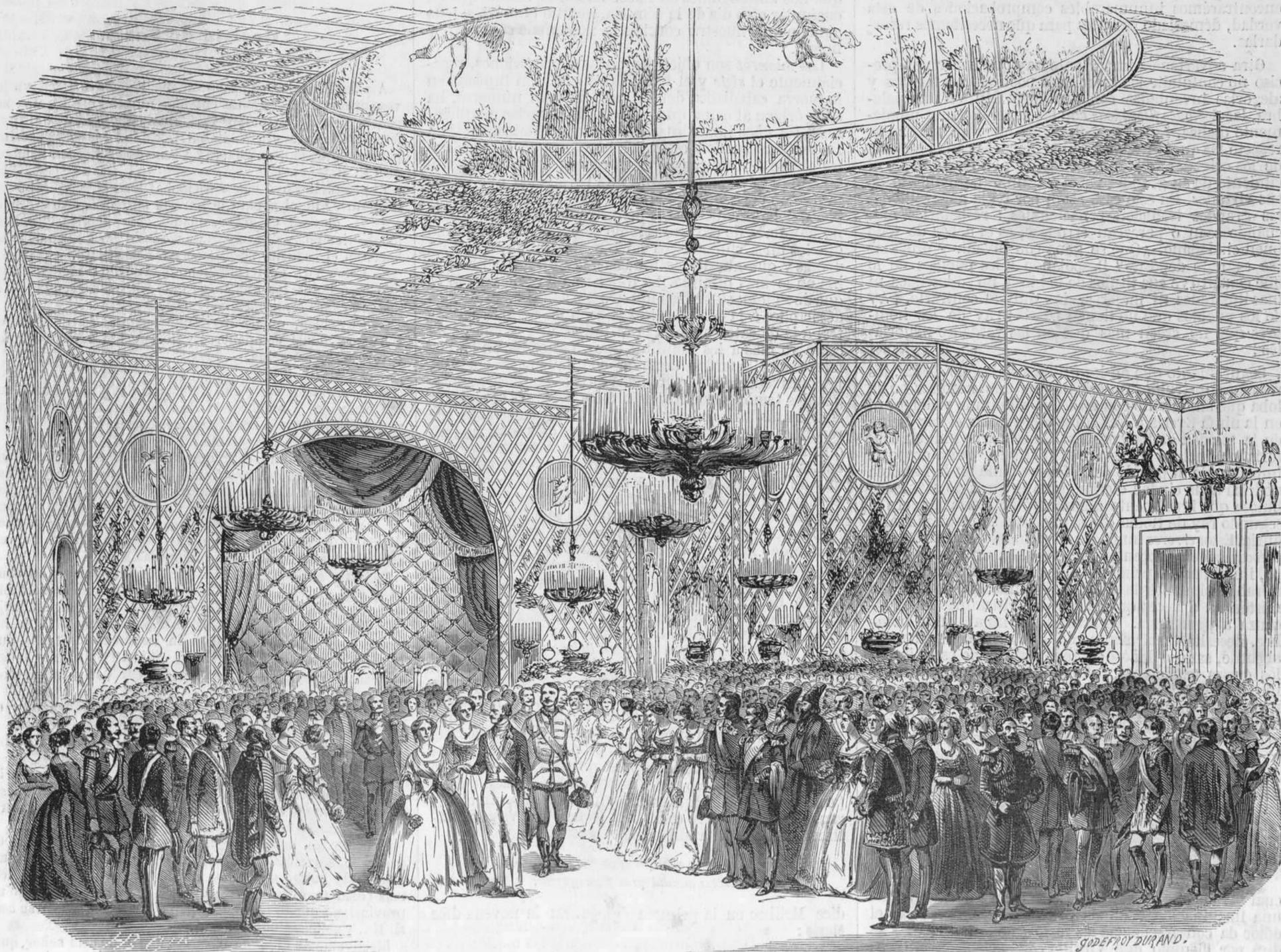
Balle dado en Moscou por el embajador de Francia; grabados. — Errores y preocupaciones. — Revista de Paris. — Nuevo cementerio musulman en el Pere-Lachaise; grabado. — Monumentos elevados en la isla de Lavezzi en recuerdo del naufragio de la fragata francesa la Semillante; grabados. — Gerifalte. — Tolon; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Residencias imperiales de otoño en Rusia; grabados. — La última cacería de Lamartine — Val-Doncel. — La palma — La Turquía y el istmo de Suez. — El hipódromo de Tsarskoé-Selo; grabado.

Errores y preocupaciones.

Siempre he creído que una de las obras mas curiosas y mas útiles en que pudiera emplearse un grande ingenio sería una *Historia filosófica de los delirios humanos*. Semejante libro, bien escrito, vendría á ser la verdadera historia de nuestra miserable humanidad.

¿Qué delirio hay en efecto que no haya pasado por

la cabeza de algun hombre? qué monstruosidad hay, por absurda, por odiosa, por increíble que parezca, sin exceptuar ni aun las que mas repugnan *naturalmente* á los instintos humanos, que no haya sido practicada por algun pueblo? Preciso es que el error, solo por serlo, tenga para el hombre atractivos muy inefables, cuando ni la luz de la revelacion divina, ni la enseñanza evangélica, ni el temor del castigo en la otra vida, ni los instintos que nos guian en esta, ni el auxilio de la razon, ni los progresos de la cultura, ni nada en fin basta á de-



Baile dado en Moscou por el embajador de Francia. (Véase la pág. 307.)

sarraigar de nuestro espíritu rebelde sus funestas semillas. Todavía hoy, en pleno siglo diez y nueve, el mundo está lleno de errores y preocupaciones: su número es sin duda incomparablemente menor que lo fué en otros tiempos, pero la *tendencia* á acoger el error y la preocupación es siempre la misma. Así se explica la acogida que encuentra todo charlatanismo aun en las sociedades mas cultas. Las costumbres modernas, profundamente modificadas por la civilización cristiana, no admiten ya, es cierto, errores tan desastrosos ni preocupaciones tan groseras como los y las que florecieron en la edad media, por ejemplo; pero lo repito, siempre el error, siempre la preocupación conservan su antiguo predominio sobre el hombre desde que prestando oídos al eterno enemigo de la verdad, mereció por su culpa ser arrojado del paraíso.

El número de los errores y de las preocupaciones que han subyugado á los hombres es incalculable, aun dejando aparte su mas fecunda rama, que es sin duda la que se levanta sobre el vastísimo campo de las creencias religiosas. No hay objeto en la tierra que algún pueblo iluso no haya convertido en una divinidad: en la India panteísta, entre los cultos griegos, entre los poderosos romanos, todo era dios, ménos Dios mismo, según el profundo dicho de Cicerón. Sin remontarnos en este artículo á esas escabrosas materias, vamos á pasar revista á algunos errores todavía bastante generalizados para que no sea del todo inútil manifestar su extravagancia, y á algunas preocupaciones que también conviene atacar por lo peligrosas ó cuya enunciación puede entretener al lector por lo ridículas.

Pero ante todo hay que advertir una cosa importante: no todos los que pasan por errores, lo son; ni merecen el nombre de verdaderas preocupaciones muchas creencias que á primera vista lo parecen. En eso de calificar duramente las opiniones ajenas hay que andarse con piés de plomo. Continuamente estamos oyendo calificar de supersticiones groseras multitud de creencias populares muy arraigadas, y que no es extraño que lo estén, porque son realmente verdades incontestables, fundadas en la observación, pero cuya causa no descubren los observadores y mucho ménos los que no observan, es decir, los superficiales, los petulantes; por lo cual les parece comodísimo negar el hecho y calificar de supersticiosos ó preocupados á los que creen en él. Sin necesidad de entrar para nada en el terreno de las creencias religiosas, vedado á la discusión de los profanos, encontraremos innumerables comprobaciones de esta verdad, demasiado patentes para que necesitemos recordarlas.

Otra advertencia importante hay que hacer: es preciso no confundir las creaciones poéticas, las fábulas y alegorías inventadas con un objeto útil, en una palabra, las *ficciones filosóficas* con las supersticiones propiamente dichas. Entre esas ficciones merecen particular respeto las que, estrechamente enlazadas con la historia de los orígenes de algún pueblo, son en cierto modo el cimiento de su grandeza y el estímulo permanente de sus virtudes. En este caso están por regla general todas las grandes tradiciones nacionales: respetarlas aun cuando sean ó parezcan erróneas, es el deber de todo buen ciudadano. ¿Qué se gana con invadir y profanar ese sagrado depósito? Despojando á los pueblos de lo que constituye sus títulos de nobleza, no se los hace ni mas ilustrados ni mejores, sino muy al contrario. ¡Ay de los pueblos que no tienen poesía! ¡ay de los hombres que no creen mas que en las verdades materiales!

Seguramente que en los últimos siglos de Roma, los romanos instruidos no creían mas que nosotros en la loba que amamantó con su leche a Rómulo y Remo, ni en la ninfa Egeria á quien iba á consultar el rey Numa en la soledad de los bosques; sin embargo ningún historiador, incluso el severo Tito Livio, quiso despojar impiamente al pueblo de la fé que tenía en la fabulosa nodriza de la ciudad eterna, y en la ninfa no ménos fabulosa que igualmente amamantó en cierta manera al segundo rey de Roma con el tesoro de su inspirada sabiduría. Estos errores fundados en grandes resultados, estas preocupaciones inocentes y hermosas á un mismo tiempo, iluminan los primeros siglos de la historia como admirables símbolos de altísima significación, aunque tan misteriosa á veces que ni aun la crítica mas sagaz alcanza á penetrarla. La credulidad, innata en el hombre, necesita un alimento con que saciarse, racional ó absurdo, sano ó dañoso; y todo indica que esos símbolos ó esas tradiciones, testimonio impercedero del genio que las inventó (si son inventadas), deben considerarse como un pábulo dado á aquella credulidad imposible de desarraigar del ánimo de los pueblos, para convertirlos en un nuevo germen de gloria, de virtud y de grandeza. ¿Qué mayor título puede alegarse al respeto de la posteridad? y adviértase que aquí hablamos en la hipótesis de que esas tradiciones sean inventadas; si no son erróneas, sino verdaderas en el fondo, aunque tal vez algun tanto desfiguradas en la forma bajo que han llegado á nosotros, ¿cuánta mas razón no tendremos para encarecer el respeto que se les debe?

Ya hemos dicho que no hay que vituperar tampoco cual verdaderas supersticiones las *figuras poéticas* á que una imaginación exaltada por el entusiasmo ó por el dolor da con frecuencia las formas de la realidad. Se dirá por ejemplo que Virgilio comparte ó fomenta las vanas creencias del vulgo sobre el influjo de los astros cuando recuerda en estos magníficos versos la muerte de César?

*Ille etiam exstincto miseratus Casare Romanum,
Cum caput obscura nitidum ferrugine textit,
Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.
Tempore quamquam illo tellus quoque et aequora ponti,
Obscraeque canes, importunaque volucres
Signa dabant.*

Aun cuando graves historiadores, como Plinio, Apiano, Dion, Casio y Plutarco no confirmasen la opinión general de que multitud de signos extraordinarios en el cielo y en la tierra presagiaron la muerte de César, todavía el poeta hubiera estado en su derecho revistiendo con formas poéticas aquel gran suceso, para herir con él mas profundamente la imaginación del pueblo é inspirarle horror al crimen, presentando á los dioses y á la naturaleza entera como partícipes de ese mismo horror. Hé aquí la gran lección que se encierra en ese admirable episodio de la muerte de César con que termina el libro primero de las *Geórgicas*. Esto no es fomentar el error y la superstición, aunque lo parezca á los ojos de un observador superficial; esto es cumplir la verdadera misión del poeta, que es moralizar é instruir á los hombres.

Vamos sin mas preámbulo á enumerar algunos errores bastante generalizados y algunas verdaderas preocupaciones no poco ridículas que quisieramos contribuir á desacreditar mas de lo que ya lo están, pero solo entre las personas de buen juicio desgraciadamente, las cuales ya se sabe que forman en este desdichado mundo una insignificante minoría.

Una de las supersticiones mas arraigadas todavía es la de que el *viernes* es un día nefasto: muchos hacen extensiva la misma fatal influencia al *martes*, de donde viene el conocido refrán: *en martes, ni te embarques ni te cases*. Esta segunda superstición, sin ser ménos absurda, se comprende ménos aun que la primera. En efecto, por mas que la razón nos diga, á lo ménos á los cristianos, que el día en que plugo á Dios consumir la reedificación del linaje humano, con el sacrificio de su Hijo hecho hombre, debería ser un día de bendición, hay sin embargo en el fondo de nuestra alma algo que se revela contra la idea de que pueda ser un día como otro cualquiera el que vió con horror la muerte del Justo. Por lo demás, aunque es seguro que este grande y doloroso recuerdo debe inspirarnos un hondo sentimiento de tristeza y excitarnos doblemente á la humildad y á la mortificación, no hay motivo alguno racional para que nos abstengamos de hacer en ese lo mismo que en cualquier otro día de la semana, incluso el *martes*, todo aquello que nuestra conciencia nos señale como útil y bueno.

Los *números* son objeto de varias supersticiones, especialmente el *siete* y el *trece*: la superstición fundada en la fuerza cabalística del primero de estos números, ha dado origen al error que atribuye influencias perniciosas á los años llamados *climáticos*, y señaladamente á los septenarios. Son estos por lo comun en las familias un objeto de terror, porque se cree que de siete en siete años el cuerpo experimenta una revolución que transformando el temperamento de una manera casi completa, debe producir crisis peligrosas para la salud; pero no hay nada de eso: un estudio detenido ha demostrado que los años climáticos no son mas temibles que los demás y que nuestra naturaleza en tales épocas no cambia en lo mas mínimo. Lo único que hay de verdad es que de siete en siete años nuestro sér adquiere un nuevo desarrollo; á la edad de siete se caen los primeros dientes, á la de catorce empieza la pubertad y el cuerpo no crece ya mas á los veintiún años. Las crisis en las enfermedades, guardan también con mucha frecuencia, períodos septenarios; pero nada de esto justifica los exagerados temores que inspiran á las personas crédulas y asustadizas los años climáticos. Está demostrado por repetidos cálculos de proporción que esos años no han ofrecido nunca un número de defunciones mayor que cualesquiera otros. — En cuanto á la superstición de que en sentándose *trece* personas á una mesa, una de ellas lo ménos ha de morir en el discurso del año, no hay para qué decir hasta que punto está destituida de todo fundamento racional; mas como evidentemente emana del horror á Judas, cuya traición nos recuerda ese número que era el que él ocupaba en la Cena, se comprende al cabo que tal superstición exista; no así la otra, incomparablemente mas absurda, (si es que en lo absurdo hay gradaciones) que ve presagios funestos en el hecho vulgarísimo de *derramarse la sal* ó el *vino* sobre el mantel; de que *dos cuchillos* se pongan en cruz accidentalmente en la mesa; ó bien en que *auille un perro* en las altas horas de la noche, ó en encontrarse lo primero, al salir á la calle, un *cerdo negro*, dos *jobabados*, un *cuervo*, una *vieja*, etc., etc. La única explicación que puede darse de estas supersticiones es que las hemos heredado de los romanos, grandes propagadores de creencias disparatadas. Todo era presagio para ellos, el vuelo de las aves, el aspecto de los astros en un momento dado (constelación), cualquier encuentro fortuito, un huracán, una centella. A cada paso leemos en Virgilio testimonios de aquella universal superstición:

*Saepe malum hoc nobis, si mens non laeva fuisse,
De caelo tactas meminì prae licere quercus.*

dice Melibeo en la primera égloga. En la novena dice Meris:

*Quo nisi me quacumque novae incidere lites
Ante sinistra cava monuisset ab ilico cornix,
Nec tuus hic Moeris, nec viveret ipse Menalcas.*

Veamos ahora al correr de la pluma algunos errores y preocupaciones que se han acreditado sin saberse cómo, y que su misma extravagancia debería desterrar del mundo sin necesidad de impugnarlos; pero con impugnación y todo, durarán probablemente mientras los hombres sean crédulos, es decir, mientras haya hombres. Veamos también la diferencia que existe en la práctica entre el error y la preocupación.

Los que creen que el *camaleón* se mantiene del aire; que el *bitre* digiere el hierro y cualquier otro metal; que nuestro *cuerpo* pesa ménos despues que acabamos de comer que antes; que el *agua* es un elemento; que el *laurel* rechaza el rayo; que las *hormigas* hacen provisión para el invierno; que cuando hablamos mal de alguno deben zumbarle los *oídos*; que el metal mas pesado es el *plomo* (la platina, el oro, el mercurio lo son mucho mas); que los *topos* son ciegos; que el fenómeno de la ventriloquia se produce en el vientre, etc. etc., incurrén pura y simplemente en errores vulgarísimos de historia natural, de física ú otras ciencias, disculpables hasta cierto punto. Los que creen en los *duendes*, *trastos* y *fantasmas*; en la *segunda vista* de algunos séres privilegiados; en los *talismanes* y amuletos; en los presagios mortuorios del vuelo de la *corneja* ó del canto del *buho*; — los que creen que es de malo ó buen agüero entrar en alguna parte ó echar á andar con el *pie* derecho ó con el izquierdo; los que consultan los *naipes* y se hacen decir la *buen ventura* por las rayas que se ven en las palmas de las manos ó por cualesquiera otros signos exteriores, etc., etc. incurrén en una flaqueza indigna de todo sér dotado de la facultad de discurrir y se hacen voluntariamente esclavos de la mas vergonzosa superstición. Para hacer justicia de todas esas vanas preocupaciones no se necesita ciencia: basta el buen sentido.

Otras preocupaciones hay, dirigidas por otro orden de ideas, no ménos absurdas que aquellas, y todavía mas peligrosas por sus inmediatos efectos sobre la familia y la sociedad; tales son las preocupaciones *nobiliarias* y las del *falso honor*, las mas odiosas de todas, por los desastres que acarrearán y por el estado de verdadera barbarie á que tienden á hacernos retroceder en nuestras ideas y en nuestros actos; — pero este tema por sí solo bien merece artículo aparte. Se lo dedicaremos otro día.

EUGENIO DE OCHOA.

Revista de París.

A principios de la última semana llegaba á París un jóven provinciano á fin de entablar un pleito sobre una herencia que le disputan varios miembros de su propia familia. Su primera visita en la capital fué naturalmente para un abogado, no de muy buena nota, á quien llamaremos M. R...

El picapleitos oyó con atención al heredero, y acabó por declarar que el asunto le parecía muy complicado.

— Si, el caso es grave, añadió, hay tela cortada para mucho tiempo, y antes de indicar á Vd. lo que se debe de hacer en el negocio, necesitaría yo consultarlo.

— Como Vd. guste, respondió el jóven; me hallo dispuesto á todos los sacrificios que este caso requiera; la justicia está de mi parte.

— Muy bien, quiere decir que me pondré de acuerdo con uno de mis compañeros y fortalecido con su opinión obraré enérgicamente.

— Adelante.

— A mi juicio, creo que vale mas dirigirnos á un hombre conocido, á un abogado de fama, que á un cualquiera, y si á Vd. le parece consultaremos con M. H...

— No tengo inconveniente.

— Ahora es de advertir que M. H... es una de las grandes ilustraciones del foro francés, lleva muy caro y yo desearía evitar á Vd. un gasto excesivo. Uno de estos días debe venir á verme, de modo que podría Vd. hallarse en mi casa á la hora dicha, y se hará el negocio sin que pueda exigir á Vd. el precio de una consulta ordinaria, en atención á que no habrá venido para eso.

El jóven aceptó con sumo gusto, dió gracias á su abogado y se marchó. De allí á tres días volvió á la hora indicada y halló á M. R... conferenciando con un personaje de aspecto muy formal. Al verle se interrumpieron, le hicieron preguntas, examinaron la cuestión por todas sus fases, y por fin el ilustre M. H... dió su opinión, y luego estrechando la mano á su amigo, se retiró, todo muy seriamente.

M. R... comenta las palabras del docto abogado, y el jóven da su asentimiento para que se entable el negocio.

— Pero ante todas cosas, añadió, dígame Vd. lo que debo á M. H... por su consulta.

— Amigo mio, si fuera una consulta ordinaria le costaría á Vd. cien pesos, pero en las circunstancias en que la cosa ha tenido lugar se contentará con sesenta, yo me encargaré de mandárselos.

El jóven no llevaba el dinero en el bolsillo, y como el precio le pareció algo subido, habló de ello á varios de sus amigos de París, que todos confirmaron su parecer; además como la aventura tenía algo de singular, dijeron al provinciano que lo mejor que podía hacer era avistarse con M. H... y solicitar una rebaja.

Efectivamente el jóven se dirige á casa de este señor, que estaba trabajando en su bufete. Despues de esperar un rato ve salir á un caballero acompañando á otro y el criado le dice:

— Aquí tiene Vd. á M. H...
 — ¡Cómo! dice el jóven asombrado; ¿este caballero es M. H...?
 — Para lo que Vd. guste mandar, caballero.
 — No puede ser.
 — ¿Qué dice Vd.?
 — No puede ser; no es Vd. M. H...

El abogado hace entrar al jóven en su gabinete y allí todo se explica. M. R... quiso principiar sus servicios con un engaño culpable, y lo único que consiguió fué perder desde luego un buen parroquiano.

Tenemos á la vista un libro que ha dado márgen á un lance muy curioso. M. Jannet, editor de la biblioteca Elzeviriana, había encargado á M. E. Du Meril, un filólogo muy respetado por sus vastos conocimientos, cierto número de páginas de notas y comentarios para acompañar la novela de « Flore y Blanchefleur » que quería dar en su biblioteca. M. Du Meril no pudo encerrarse en los límites señalados por el librero, y escribió unas cien páginas mas, pero M. Jannet poco satisfecho con el apéndice, pidió al autor que pagase una parte de los gastos que le ocasionaba la impresion de semejante suplemento. M. Du Meril se negó, y de aquí una contienda judicial que ha perdido el editor de la biblioteca. Ahora bien, M. Jannet exasperado al contemplar las proporciones que había tomado su obra, imaginó una terrible venganza, y arrojando como se suele decir la soga tras el caldero, aumentó su abultado libro con treinta y cuatro páginas de su cosecha para ilustrar al público sobre la ciencia de M. Du Meril; como en esto se halla toda la originalidad de la cuestion, traducirémos:

« M. Du Meril, dice el editor, pasa por un hombre de una inmensa erudicion y por un trabajador incansable. Quince horas trabaja cada día, y gracias á esa prodigiosa actividad ha podido llegar á lisonjearse, con cierta verosimilitud, de poseer todos los idiomas de Europa y una porcion de lenguas orientales. Sus conocimientos filológicos le han llevado á un género de estudio que tiene sus peligros. Ocupase principalmente de etimologías, la parte de la ciencia que exige mas prudencia y discernimiento, y desgraciadamente se ocupa de un modo muy propio para justificar las críticas que ha merecido ese ramo de la erudicion. Pero no es un hombre exclusivo; durante quince horas cada día amontona en papelillos sueltos todo cuanto halla en los libros en todos idiomas sean buenos ó malos, y así sucede que no hay asunto sobre el cual M. Du Meril no pueda hallar al instante en sus carpetas una multitud de pasajes de autores y de citas. A fuerza de manejar obras ha llegado á tener por todas ellas igual estimacion y considera como un evangelio todo lo que ve impreso ó manuscrito; á fuerza de acumular papeles sueltos ha llegado á no saber comprender ninguna cuestion en su conjunto; á fuerza de copiar frases aisladas ya no es capaz de escribir dos frases seguidas, ni de ligar dos párrafos, ni de reunir dos ideas... ¿Qué tenía que hacer el compilador de « Flore y Blanchefleur? » Debía dar un texto exacto y un glosario de las palabras que han caído en desuso; con un prólogo de veinte páginas había bastante para la descripcion de los manuscritos, y la historia de los textos y de las traducciones. En vez de hacer esto M. Du Meril ha cosido una porcion de disertaciones que no tenían ninguna relacion entre sí... »

El editor continúa su análisis furibundo señalando errores y cosas inútiles en el trabajo de M. Du Meril, y concluye diciendo:

« Ahí está el libro, y ahí está el compilador, ese compilador cuyo nombre famoso figura en mi Catálogo al lado de nombres que merecen la reputacion de que disfrutan. Ahí está ese pensador cuya cabeza es una imagen del caos, ese filósofo que no puede distinguir dos ideas juntas, ese erudito que compone un librote para probarnos que la erudicion no es nada sin la crítica y la sensatez, ese filólogo que pretende saber todas las lenguas y que ignora el francés del siglo XIII lo mismo que el del siglo XIX. Ahí está ese candidato para la Academia de Inscripciones que escribe un libro en el cual yo, pobre librero, descubro tantos errores que para señalarlos tendría que hacer un trabajo mas voluminoso que el suyo. Ahí está ese libro enorme que me cuesta tanto dinero y que deshonra mi coleccion, ese libro que me obliga á decir á mis suscritores:

« No tengáis ninguna confianza en mi á cierto ordinario; no compreis este libro porque su Prólogo es absurdo, su texto deplorable y su glosario ridiculo; no le compreis si no queréis que figure en vuestros estantes la obra maestra de la erudicion incoherente, inútil y vacía. »

Hé aquí un editor, el primero sin duda, que no hace el elogio de sus obras.

Con fecha 21 de octubre comunicaron de Nueva-York á un periódico de Paris varios pormenores sobre la prision de Carpentier, el acusado principal en el robo que ha sufrido la compañía del ferro-carril del Norte. Segun esta correspondencia, Carpentier algunos días despues que fueron encarcelados sus compañeros salió de Nueva-York por el camino de hierro del Erié; se apeó á poca distancia de Newburg en el condado de Orange, y penetrando algunas millas en el interior entró de mozo de labranza en un cortijo mediante un ligero salario. Allí, segun ha dicho, esperaba trabajando una ocasion favorable para marchar á Filadelfia.

La casa de Rothschild había ofrecido un premio de mil pesos al que pudiera echar mano al delincuente, y esta oferta tenía en campaña á todos los agentes de policía; dos de ellos encontraron su huella, y de acuerdo con el labrador penetraron en el cortijo el 17 por la noche y sorprendieron á Carpentier en su cama durmiendo profundamente. Una vez despierto, quiso negar su identidad, pero esto no era posible, pues los agentes de policía llevaban además de sus señas su retrato fotografiado que les habían mandado de Paris. Al punto fué llevado á Nueva-York donde está

en la misma cárcel que sus cómplices, pero incomunicado. En el camino, despues de haber manifestado á los agentes la sorpresa que le causaba el que hubieran podido descubrir su retiro, les contó el robo de las acciones, y concluyó afirmando que había llegado á Nueva-York sin recursos, sin mas que lo necesario para el viaje.

La policía no dió el mayor crédito á esta declaracion, y á la mañana siguiente continuando sus investigaciones con una destreza sin ejemplo, entraba en una casa de mucha vecindad y descubria en una carbonera una cajita de hojalata perteneciente á Carpentier. Las suposiciones á que dió lugar este hallazgo en Nueva-York fueron muchas, pero en realidad no contenia ni tres millones en billetes de banco, ni cuatro mil acciones del ferro-carril del Norte, sino dos relojes, cien mil francos en billetes, algunas monedas de oro y papeles de familia.

Con el arresto de Carpentier se encuentran ya en poder de la justicia todos los acusados; sin duda no tardaremos en saber los primeros incidentes de la causa que se les instruye.

MARIANO URRABIETA.

Baile de la embajada francesa en Moscu.

Moscu 20 de setiembre 2 de octubre de 1856.

Se ha concluido por fin ese largo mes de fiestas que ha tenido en conmocion toda la Rusia, y cuyo eco ha resonado en todo el mundo; sin embargo, falta aun: San Petersburgo prepara igualmente sus regocijos, la Perspectiva Newski se engalana, y los esplendores de Moscu van á ser igualados en la capital de Pedro el Grande.

Despues de las ceremonias oficiales, despues de las recepciones en el palacio de Moscu, han venido las fiestas privadas, pero de un carácter solemne por la presencia en ellas del emperador; quiero hablar de las fiestas dadas á S. M. por las grandes embajadas presentes en Moscu. Los embajadores de Inglaterra, de Austria y de Francia han querido rivalizar en esta ocasion; voy á entrar en algunos pormenores sobre el baile de la embajada francesa.

En una plaza llamada *Puerta de la Tverskay*, se eleva un convento de religiosas — *Srasni monasterio* — uno de esos bonitos edificios de estilo bizantino, de cúpulas doradas y plateadas. Muy cerca sobre la misma plaza está el palacio habitado por el embajador de Francia, que se compone de dos casas contiguas: la casa Rakmanoff y el palacio Korsakoff reunidos por comunicaciones interiores. Hermosas colgaduras, muebles preciosos, bronce de los mejores artistas franceses, son los adornos ménos notables de esos vastos salones; lo que atrae todas las miradas son los cuadros selectos que el señor conde de Morny trajo de Paris ó adquirió en Rusia, y que se pueden admirar fácilmente, gracias á un alumbrado ingenioso que dejando el salon en una media luz transparente concentra toda la claridad en esos lienzos firmados por Rembrand, Metz, Wouvermans, P. de Hooghe, Greuze, etc., y en algunos de Meissonnier, el único artista contemporáneo que haya tenido la honra de figurar en esa reunion aristocrática de celebridades. A pesar de las vastas dimensiones de las salas, no habrían bastado para recibir á lo mas escogido de la sociedad tanto rusa como extranjera en esa fiesta honrada con la presencia del emperador y de la familia imperial; pero el embajador de Francia mandó improvisar una vasta construccion que reuniendo la solidez á la elegancia le permitiese extender el círculo de sus invitaciones. Ese salon de baile representa un enrejado dorado sobre el cual corren enredaderas; una jardinera rodea el salon formando como una galería de flores raras y olorosas. Nichos con estatuas y medallones representando Amores dan á este adorno un carácter de exquisita elegancia. El techo coronado con una cúpula, está ocupado igualmente por un enrejado dorado, y la orquesta ocupa una tribuna en uno de los lados laterales. En el lado principal hay un estrado tendido de seda y de telas preciosas, sobre el cual hay unos sillones para los augustos convidados. Nada diré del alumbrado á *giorno*, pues no quiero hacer un inventario del número de arañas, de candelabros y de lámparas que le componian, pero debo citar los nombres de M. Ducros, arquitecto, y M. Labastide, pintor, que fueron los directores de la obra.

El día del baile los salones estaban llenos de una brillante muchedumbre en la cual figuraban todas las notabilidades de la Rusia y de una gran parte de la Europa, y todas esas grandes señoras que constituyen el ornato de la corte de San Petersburgo. Hacia los honores de la fiesta la señora baronesa de Seebach, mujer del ministro de Sajonia en Francia, hija del conde de Nesselrode, y cuya gracia y distincion se aprecian tan justamente en Paris; quisiera poder nombrar á todas las encantadoras princesas, condesas y altas damas que embellecian con su presencia los salones; pero para esto habría debido conocerlas, lo que no me ha sido posible en el corto tiempo que hace que estoy en Rusia; sin embargo, podria citar á las señoras princesas Sherbatoff, Kotchoubey, Galitzin, de Ligne, Bariatinsky, Korsakoff, Troubetskoy, Youssoupoff, Simon Woronzoff, Soltykoff, Abamelek, Scheremetieff, etc., etc.; las señoras condesas Schovaloff, Berkendorff, de Ribaupierre, Baranoff, Grandville, Adlerberg, las señoras Tolstoi, Rakmanoff, etc. Con sentimiento cierro esta lista que podria ser mucho mas larga. Entre los hombres estaban el conde Orloff, hoy príncipe, los príncipes Sherbatoff, Kotchoubey,

Youssoupoff, agregado á la embajada de Rusia de Paris, Galitzin, Gagarin, que une á sus extensos conocimientos en el arte militar el talento de un verdadero artista pintor, Teherkaskoy, Abalinsky, Bariatinsky, gobernador general del Cáucaso, Grusensky, etc.; el señor conde Adlerberg, ministro de la corte, los señores condes Scheremetieff, Schouvaloff, Berkendorff, de Ribaupierre, etc., etc.; el señor Tolstoi, ministro adjunto de Negocios Extranjeros, los generales Papoff, Davidoff, Berein, Guedeonoff, Constantinoff, el príncipe Gortchakoff, ministro de Negocios Extranjeros, y su primo el príncipe Miguel Gortchakoff antiguo general en jefe de los ejércitos del Danubio y la Crimea, etc., etc. Por último, estaban tambien lord Granville, el príncipe Esterhazy, el príncipe de Ligne, los generales Lebœuf, Frosard y Dumont, y el brillante estado mayor francés que le acompañaba. No he hecho una eleccion de nombres, lo que me habría sido muy difícil entre tantas personas notables como allí había; así me pueden acusar de ignorancia pero no de parcialidad.

A las diez fué señalada la llegada del emperador por las aclamaciones exteriores y por los sonidos de la música militar colocada delante de la embajada. Sus majestades acompañadas de la gran duquesa Alejandra y de los grandes duques Constantino, Nicolás y Miguel, hicieron su entrada en el salon del baile guiadas por el señor conde de Morny y todo el personal de la embajada que recibieron al pié de la escalera á los augustos convidados. El emperador llevaba el gran uniforme de húsar de su guardia, el mas elegante de todo el ejército, y lucia el gran cordon de la Legion de Honor. El gran duque Constantino vestia el uniforme de gran almirante, y los grandes duques Nicolás y Miguel el de general. Nada puede igualar la elegancia y riqueza de los prendidos de la emperatriz y de la gran duquesa Alejandra.

En el momento de la entrada de sus majestades en el salon del baile, la orquesta tocó el himno ruso, Dios conserve al czar, que fué escuchado por todo el mundo con la emocion que excita esa hermosa música; luego, al cabo de un momento de descanso cerca del estrado, el baile comenzó por una polaca en la cual el embajador de Francia tuvo el honor de dar la mano á S. M. la emperatriz, seguido del emperador que daba la suya á la gran duquesa Alejandra. La polaca es un simple paseo por los salones, en el cual toman parte los convidados llevando cada caballero una señora; despues de este primer baile las polkas, mazurcas, contradanzas, etc. se sucedieron sin interrupcion hasta la una. Casi toda la noche el emperador se paseó por los salones con esa nobleza que le es característica; la galería de cuadros llamó particularmente sus miradas; examinó los lienzos con la atencion de un inteligente, y luego llevó á S. M. la emperatriz quien felicitó al conde de Morny por ser poseedor de tales obras maestras.

A la una los augustos convidados se sentaron á una mesa servida con un lujo extraordinario y cuyos honores hacia con la mayor distincion la señora baronesa de Seebach ayudada por el señor conde de Morny y el personal de la embajada.

A las dos se retiró la familia imperial dejando los recuerdos de la afabilidad mas graciosa y acompañada hasta sus carruajes con el mismo ceremonial que á su llegada.

No necesito hablar de las disposiciones tomadas para la fácil circulacion por los diferentes salones, ni de la elegancia del servicio y la delicadeza de los refrescos.

En el día siguiente que era lunes debian concluirse las fiestas á que había dado lugar la coronacion de Alejandro. En el barrio llamado Lefortevskaya, en memoria del francés Lefort amigo de Pedro el Grande, sobre una vasta esplanada que está delante del edificio del quinto cuerpo de cadetes, se había levantado bajo la direccion del general de artillería Constantinoff, un castillo de pólvora colosal para el cual se desplegaron todos los recursos del arte. Hacia ya días que estaba lloviendo sin cesar; pero la víspera el cielo se mostró mas propicio, y el día señalado para esta última fiesta el sol se alzó radiante en una atmósfera despejada; así desde las cinco todas las vías que conducian al sitio designado estaban cubiertas de carruajes, de droschkys, de praloks, de berlinas, en fin, de todos los vehículos conocidos en Rusia donde son mas variados que en cualquier otra parte. Gracias á las acertadas disposiciones tomadas por el jefe de la policía, el general Berein, á pesar de una afluencia inmensa de coches y de gente, no hubo que deplorar ninguna desgracia. Una compacta muchedumbre cubria el espacio reservado á los espectadores que ocupaban tambien vastos anfiteatros. A las ocho y media debian comenzar los fuegos, y á esa hora la llegada del emperador era saludada por los hurras de la muchedumbre y por el ruido de la música militar. Desgraciadamente se extendió una niebla muy densa sobre Moscu, y aquel día que pareció comenzar á orillas del golfo de Nápoles, se concluyó como los días mas tristes que se pueden ver en las márgenes del Támesis.

Para colmo de desgracia el viento que desde por la mañana estaba al Noroeste, cambió de súbito y enviaba las masas de humo sobre el palco imperial que ocupaba un balcon del edificio del cuerpo de cadetes; singular era el espectáculo que nos daban aquellos cohetes perdiéndose en la oscuridad y coloreando con su lluvia de fuego de mil colores las masas amontonadas de nubes de bruma; los fuegos del castillo, los transparentes fueron respetados por la niebla, pero lo terrible era el humo... Para terminar la funcion una orquesta compuesta de 1,500 músicos y de 2,000 coristas (todo se hace en grande en este país) que había ejecutado piezas escogidas mientras duraron los fuegos artificiales, hizo

oir el himno nacional ruso, acompañado por el estrépito de sesenta cañones que disparaba el director de orquesta por medio de un teclado eléctrico, y cuya detonación representaba el sonido del bombo en una orquesta ordinaria.

Y con esto, amigo lector, me despido de Moscou y de todas sus magnificencias; otras escenas importantes, pero de otro género voy á ver ahora, pues pienso recorrer países rara vez visitados por los viajeros. Mañana salgo con dirección á Nijni-Novgorod para bajar el Volga hasta Astrakan y de allí á Tiflis por el mar Caspio llegando hasta Daghestan. Creo que en esta excursión podré hacer algunos apuntes interesantes.

P. B.

Nuevo cementerio musulmán en el Pere-Lachaise.

Hace mucho tiempo se habían destinado terrenos especiales dentro de los diferentes cementerios de París para el entierro de las personas que profesan los cultos protestante é israelita; pero todavía no se había hecho semejante concesión en favor de los musulmanes que las relaciones poco extensas con el Oriente traían á Francia en corto número hasta aquí. Sin embargo, hoy que la ocupación francesa en África y la alianza más íntima con la Puerta Otomana tienden á multiplicar esas relaciones, la autoridad ha pensado llenar esa falta, y por un decreto del señor prefecto del Sena de fecha 14 de abril de 1855 se ha mandado la construcción de un cementerio especial para las personas del islam.

Sobre un espacio de unos 3,200 metros situado en lo alto de los terrenos recién añadidos al cementerio del Este (Pere-Lachaise) y en un lugar cercado de paredes, se eleva ahora un edificio que se compone de una sala de espera, de una sala de purificación y de un depósito para los accesorios del culto. Este edificio se halla construido de piedra de sillería y de piedra arenisca de los Vosges, y remata en una cornisa, cuyo vuelo está sostenido por repisas ó modillones sobrepuestos en contraposición; encima reina una galería con calados largos.

Las obras principiadas á fines de mayo de 1855 se hallan terminadas actualmente; el autor de los planos y el director de los trabajos es M. Jolivet, arquitecto en jefe de la tercera sección de las obras de la villa de París: en esta construcción M. Jolivet ha demostrado un estudio concienzudo del estilo y de la arquitectura árabe, cuya sencillez contrasta sobremanera con las for-



El señor conde de Morny, embajador de Francia cerca de la corte de Rusia.

mas singulares y á veces extrambóticas de los monumentos que llenan las avenidas del cementerio del Este.

G. F. de

Monumentos

ELEVADOS EN LA ISLA DE LAVEZZI EN RECUERDO DEL NAUFRAGIO DE LA FRAGATA FRANCESA LA SEMILLANTE OCURRIDO EN EL ESTRECHO DE BONIFACIO EL 15 DE FEBRERO DE 1855.

Nuestros lectores sin duda no han olvidado los tristes pormenores que publicamos el año último sobre el nau-

fragio de la fragata *la Semillante* que se perdió en la borrasca del 15 de febrero de 1855 con su tripulación y sus pasajeros en los arrecifes de la isla Lavezzi cerca de Bonifacio. Sin reproducir aquí el funebre cuadro de aquella catástrofe espantosa, recordaremos solamente que de los 702 hombres embarcados á bordo de la fragata, que perecieron todos, se hallaron 538 cadáveres horriblemente mutilados por las rocas de Lavezzi que fueron enterrados en la isla.

El señor ministro de Marina ha concedido medallas de honor á los individuos cuyos nombres siguen, en recompensa del celo que mostraron recogiendo los cadáveres de los infelices naufragos y dándoles sepultura cristiana.

Medalla de oro de 1ª clase: — al señor Serra, síndico de marina de Bonifacio. — Id. id. de 2ª clase: á los señores Drago, segundo contra-maestre de maniobra; Ducatel, capitán de aduaneros; Longo, contra-maestre de maniobra.

Medalla de plata de 2ª clase: — á los señores Levantini, marinero de 3ª clase; Galassi, marinero de 3ª clase y Gatto, marinero de la aduana.

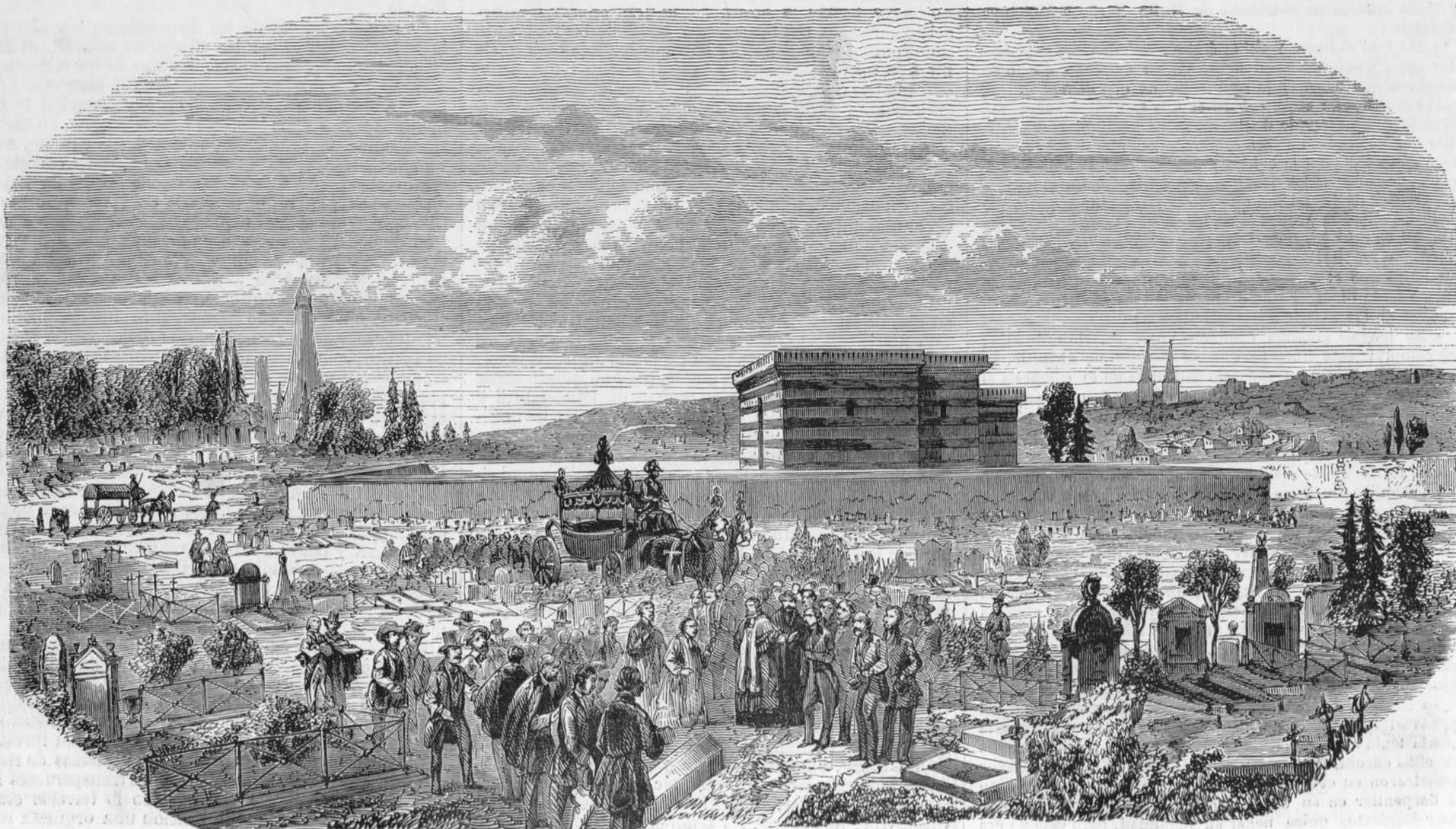
Algunos días después del naufragio, la administración de la marina mandaba estudiar las obras que deben ejecutarse tanto para hacer respetar los dos rincones de tierra donde reposan los restos de los infelices naufragos como para consagrar y honrar su memoria.

Estas obras, cuyo coste calculado en unos 18,000 fr., se han cargado sobre los presupuestos de la guerra y la marina y cuya ejecución se confió al cuerpo militar de ingenieros, acaban de darse por terminadas.

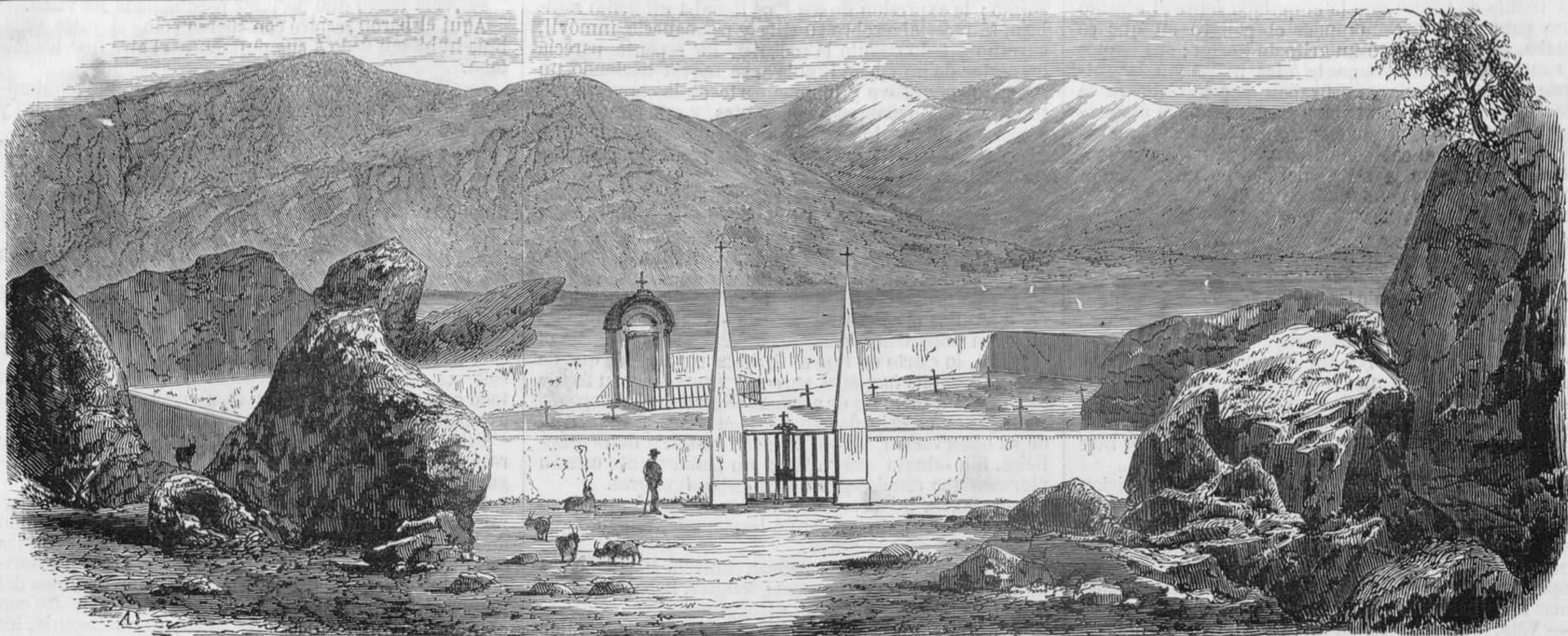
Cada uno de los dos cementerios del Furcone y del Briquet consagrados á ese piadoso destino tiene un cercado de paredes sin carácter monumental, pues así lo exigían la dispersión de los cadáveres y la disposición irregular de los terrenos. Únicamente en los ángulos se elevan unas simples pirámides que rematan en una cruz.

En el cementerio del Furcone una lápida con un enverjado de hierro señala el sitio donde está enterrado el capellán de la fragata. Enfrente de la puerta de entrada se ha construido una capillita á fin de que todos los años el día del aniversario del naufragio se pueda celebrar una misa en el lugar de la desgracia.

El cementerio del Briquet guarda los restos mortales del comandante Jugan que fué reconocido y depositado en una sepultura separada. Un mármol la cubre;



El nuevo cementerio musulmán en el Pere-Lachaise.



Cementerio y sepulcro del comandante de la *Semillante*, en la isla de Lavezzi.

aislada por una verja, tiene en su frente una placa conmemorativa enviada por la familia del difunto.

Por último, en lo alto del islote del Briquet á cuyo pié se sumergió el buque, se ha levantado una pirámide de 14 metros.

Estos monumentos que reunen la sencillez al buen gusto, han sido ejecutados por los planos y bajo la direccion del señor capitán de ingenieros Farjas.

Pero la consagracion funeraria no es el único testimonio de la simpatía pública que universalmente se ha manifestado en Francia por víctimas tan deplorables, sino que se abrieron listas de suscripción para socorrer á sus familias, listas que en pocas semanas han dado un producto de mas de 180,000 fr. El encargo de repartir las sumas recogidas se encomendó á una comision mixta compuesta del modo que sigue:

Por Guerra:

- Señores conde de la Rue, general de division, presidente.
- Bouaissier de Bernouis, intendente militar, miembro.
- Blondel, coronel de estado-mayor, director del depósito de la guerra, miembro.
- Delahourde, jefe de negociado del ramo de pensiones y socorros, secretario.

Por Marina:

- Señores de Lapiere, contra-almirante, miembro.
- Durand de Ubraye, comisario general, id.
- La Ronciere Le Noury, capitán de navío, id.
- Cuny, jefe de la oficina central de los Inválidos, secretario.

Despues de averiguado que entre el número de naufragos 394 correspondian á la milicia y 308 á la marina, (total 702) la comision decidió en agosto de 1855 que la suma que se debia repartir se dividiria en partes iguales y que se entregaria á cada familia un número de porciones determinado por la graduacion del difunto, sobre el grado de parentesco y la posicion de fortuna de la familia ó la persona que tuviera derecho al socorro. Cada parte se fijó en 235 francos; la reparticion se operó inmediatamente segun esta base, y muchas familias necesitadas han encontrado así un alivio en medio de la miseria que las aflige.

La pérdida de la fragata *la Semillante* es una de las mas sensibles que ha experimentado la marina francesa en hombres y en material durante la guerra de Oriente.

R.

GERIFALTE.

Por CÁRLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

— Te has engañado, Lambertier, le dijo; es una carta escrita por mí ántes de mi boda.

Y quiso sonreír; pero los músculos de sus labios protestaron contra esta mentira, y algunas gotas de sudor frio vinieron á humedecer la raíz de sus cabellos debajo de las sienas.

Aunque indiferente en apariencia, Lambertier habia notado la alteracion de las facciones del baron durante aquella lectura. Una seguridad irónica y grosera á la vez le persuadió que habia llegado el momento de recobrar su ventaja y dictar la ley demostrando que conocia perfectamente la importancia del secreto cuya revelacion se le debia.

— Mucho ha cambiado la letra del señor baron, dijo con una mirada incrédula; tengo yo cartas encargándome trabajo que tanto se parecen á esa como un huevo á una castaña.

Bergenheim buscó una respuesta y no la halló; frunció el ceño insensiblemente como si un fuego interior hubiese contraído la piel de su frente; pero Lambertier sin inquietarse con el sintoma que presagiaba una borrasca, repuso con toda seguridad:

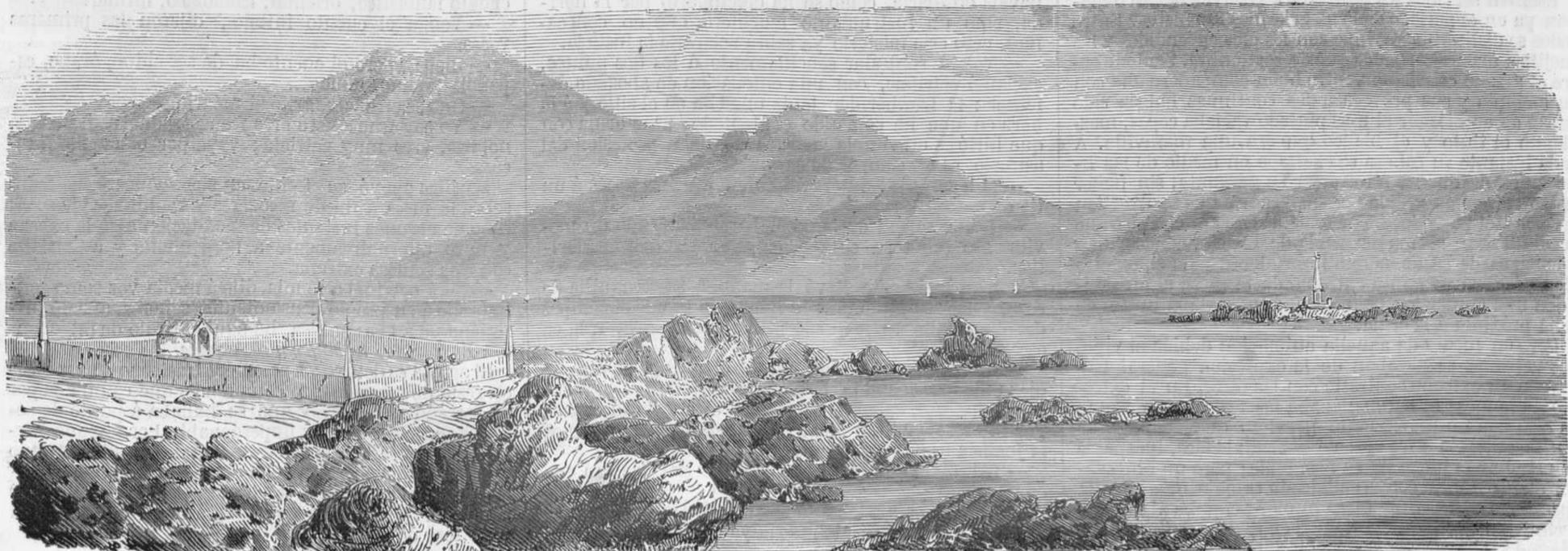
— Cuando he dicho que esa carta valia diez onzas, queria hablar de un extraño, y apostaria á que las hallaba sin andar mucho; pero el señor baron es demasiado razonable para no comprender el valor de un secreto como ese. No es por poner un precio, pero si tengo que escaparme por mi pendencia, como á la sazón me encuentro sin dinero...

No tuvo tiempo para acabar: Bergenheim cogiéndole con ambas manos por en medio del pecho, le hizo describir un semi-circulo horizontal sin tocar en la tierra, y le arrojó de rodillas al borde del sendero cuyos escalones mal cortados bajaban casi á pico por el peñon derrumbado.

Lambertier vió de repente su rostro furioso reflejado en el rio que corria á unos cincuenta piés mas abajo; el color negruzco del agua atestiguaba su profundidad, y la corriente por allí era



Monnmento conmemorativo de la pérdida de la *Semillante*, en la isla de Lavezzi.



Cementerio del Furcan y arrecife donde se elevó el monnmento conmemorativo de la pérdida de la *Semillante*.

muy rápida. Al ver esto y al sentir entre sus hombros una rodilla de piedra que le empujaba sobre el abismo como para hacerle comprender el peligro en que se hallaba, el obrero lanzó un grito de horror; sus manos se agarraron convulsivamente á las matas y á las raíces de las plantas que se cruzaban por la orilla de la roca, empleando todo su vigor para echarse al otro lado; pero en vano quiso luchar contra la fuerza superior del baron; al cabo de dos ó tres tentativas impotentes se halló con la mitad del cuerpo fuera, y sin otro socorro contra una caída mortal que el de Bergenheim cuya mano le sostenía por el cuello, al mismo tiempo que le impedía que se levantara.

— ¿Has dicho, á quien quiera que sea una palabra de todo esto?

— A nadie... ¡Dios mio!... se me trastorna la cabeza, exclamó el obrero, y cerro los ojos para no ver el agua que le causaba un terror mortal.

— A la menor cosa eres un hombre muerto, repuso el baron inclinándole mas hácia el río.

— Entregadme á los gendarmes, nada diré de las cartas, nada, nada, tan cierto como hay un Dios, pero no me solteis... no me solteis... me caigo... ¡Dios mio!...

El baron sacó á Lambernier de la horrible posición en que le tenía, y cuando este se encontró de pié en la tierra firme, vaciló dos ó tres veces sobre sus piernas como un hombre ebrio. Bergenheim le miró un instante en silencio, y la expresión de sus ojos era muy propia para llevar al último grado un terror cuyos síntomas eran bastante visibles.

— Véte, le dijo al cabo de una pausa, deja la comarca al instante, debes tener tiempo para huir ántes de que te busque la justicia. Pero piensa que si llegas á decir en tu vida á quien quiera que sea una palabra de lo que me has contado y de lo que acaba de pasar entre nosotros, sabré hallarte y morirás por mi mano.

— Lo juro por la Santísima Virgen y por todos los Santos... exclamó Lambernier con un fervor poco común en él.

El baron le mostró con el dedo la escala de piedra sobre la cual estaban.

— Ese es tu camino; pasa el río y véte á la Alsacia; si te portas bien, yo me encargo de todo, pero acuérdate que una sola palabra indiscreta te costará la vida.

Y al decir esto por uno de esos movimientos nerviosos cuyo efecto no siempre calculan los hombres dotados de vigor extraordinario, le empujó hácia el sendero que le había señalado. Lambernier sin fuerzas ya por las luchas sucesivas que había tenido que sostener, perdió el equilibrio, tropezó en el primer escalon, dió una vuelta buscando su aplomo y cayó en fin cabeza abajo á lo largo de aquella cuesta casi vertical. Un ángulo del declive contra el cual pegó en su caída, le rechazó sobre el peñon y se fué deslizando por este lentamente dando gritos espantosos: un instante se quedó agarrado á una pequeña zarza que había nacido en una hendidura de la piedra, pero su brazo herido por dos partes no tuvo vigor bastante para sostenerle; dejó escapar la zarza de su mano, lanzó un postrer grito de desesperación y de dolor, rodó dos veces sobre sí mismo y se hundió en el torrente como una masa privada ya de vida.

XX.

El comedor principal situado en el piso bajo del palacio era un inmenso salon adornado á la antigua con una colección de trofeos de caza. Enfrente de la enorme chimenea de piedra abundantemente provista de combustible se veía una mesa redonda á la cual se hallaban sentados los convidados del baron entregados á las delicias de una cena mas succulenta que delicada, pero cuyos platos todos tenían esa bondad positiva esencialmente en armonía con ese apetito sobrenatural que puede suponerse á una docena de cazadores. Ninguna de las señoras del palacio asistía á este banquete: este uso un poco imitado del inglés había sido adoptado por la baronesa cuando se trataba de esas cenas que cerraban ordinariamente las partidas de caza de su marido, sin duda para dejar en entera libertad á sus huéspedes.

Estaban servidos los postres y los convidados se hallaban ya en el período de la alegría mas expansiva. Entre todos se distinguía Marillac con los ojos encendidos y las mejillas mas encarnadas que de costumbre. Sentado entre el grueso escribano y otro buen compañero que con su ejemplo y sus provocaciones continuas habria sido capaz de embriagar al mas pintado vaciaba copas, mezclando el tinto y el blanco que era una maravilla. A cada instante su cabeza se exaltaba en medio de las libaciones destinadas á refrescar su garganta, sin haber notado la frama urdida por sus vecinos que se divertían á costa del parisiense. Por lo demás no era el único que se deslizaba: la mayor parte de los convidados eran partícipes de su abandono imprudente y de su exaltación progresiva. De un extremo de la mesa al otro reinaba una emulación báquica que presagiaba un fin de cena próximo á la orgía.

Peró en medio de aquella animación debida al vino, dos personas se aislaban de la expresión general formando un extraño contraste con las otras. En el extremo de la mesa el baron llenaba las funciones de amo de casa con un movimiento nervioso que podia pasar por una alegría á los ojos de sus convidados, incapaces de estudiar el juego de su fisonomía; pero un observador atento habria comprendido sin trabajo que aquella apariencia violenta de buen humor ocultaba algun padecimiento horrible. De tiempo en tiempo, en medio de

una frase ó de una carcajada principiada se detenía de súbito; la expresión de sus ojos tomaba un brillo sombrío, se recostaba sobre su silla y permanecía inmóvil; extraño á todo cuanto le rodeaba. De repente parecia despertar de un sueño lúgubre, se movía haciendo un esfuerzo convulsivo y tomaba parte en la conversación pronunciando palabras incoherentes, y esto para volver á caer un momento despues en el suplicio de una meditación misteriosa contra la cual su resistencia era impotente.

Entre los convidados uno solo sentado casi enfrente de Bergenheim parecia hallarse en el secreto de aquella preocupación cuyos síntomas estudiaba con una atención disimulada, pero profunda. Gerifalte, pues este era, daba un interés á su exámen que se pintaba en su propia fisonomía; sea que la animación general hiciese resaltar el color uniforme de su cutis, sea que una emoción contenida concentrara toda su sangre hácia el corazón, lo cierto es que se hallaba mas pálido que de costumbre. Sus facciones parecían alteradas y su frente se surcaba á menudo de arrugas pensativas ó dolorosas. Había una especie de complicidad entre la inquietud de su observación y la distracción sombría de Bergenheim. Sin saberlo éste último un pensamiento comun atormentaba cruelmente á entrambos hombres.

— Señores, un poco de silencio, exclamó un jóven que aspiraba al aire austero é imponente, tenemos que tratar de un asunto grave.

— Para tales asuntos estamos, contestó Marillac desde el otro extremo de la mesa; señores, bebamos.

— Que hable, que hable, gritó el notario.

— Hasta aquí, repuso el jóven, nos hemos perdido en conjeturas vagas sobre el camino que debió tomar Lambernier para escaparse; me parece que deberíamos ocuparnos un poco de este importante asunto.

Al oír estas palabras Bergenheim, que no tomaba parte en la conversación general, se incorporó en su silla.

— Una copita de Soterne, dijo el baron ofreciendo de beber á sus vecinos de mesa.

Gerifalte le miró un instante de reojo y enseguida bajó la vista como si hubiera temido que su movimiento fuese notado.

— El señor fiscal ha olido un reo, dijo el notario, de modo que es de creer pierda sus huellas; la causa se fallará cuando se reuna el jurado.

M. de Camier dejó sobre la mesa su copa y exclamó con acento de mal humor:

— Al diablo el jurado; estoy nombrado ya y tendré que abandonar mi casa en medio del invierno para divertirme en juzgar durante quince dias una porción de bribones que no conozco; tarea bien agradable. Y luego, ¡qué gusto si es preciso condenar á muerte!

— La pena de muerte no es aplicable en el caso que nos ocupa, respondió el fiscal tomando la palabra con igual solemnidad que si se hallara en la audiencia; la pena en que ha incurrido Lambernier se halla subordinada á las eventualidades del estado de su víctima: si la herida no causa una enfermedad ó una privación de trabajo durante quince dias, el castigo se reduce á un encierro de un mes á dos años ó de dos años á cinco, si la cuestión de premeditación se admite ó se rechaza.

— ¡Magistrado! exclamó con una voz estrepitosa Marillac medio levantándose sobre su silla; ¿quereis hacernos creer que se necesitan veinte dias para cicatrizar un arañazo en una masa de carne tan voluminosa como el lomo de un buey? En cuanto á la premeditación yo la niego: *Nego*.

Y para dar mas fuerza á su opinión vació su copa y la dejó sobre la mesa lanzando á su adversario una mirada que parecia provocarle á una lucha de elocuencia judicial. A esta interrupción el magistrado repuso con una mezcla de gravedad y de exaltación bastante cómica.

— Caballero, la premeditación es tan fácil de probar que con un momento de reflexión seréis el primero en confesarla. En dos puntos se apoya la prevención: 1º la presencia no motivada de Lambernier en el sitio donde se ha cometido el delito, cuando le estaba prohibido por el señor baron el poner el pié en sus posesiones; 2º la clase de arma que empleó que no era una navaja ordinaria, como se ha descubierto por la herida, sino un instrumento mortífero que no conocemos, pero este misterio ya sabrá aclararle la justicia.

— Voy á contestar sencillamente á los dos puntos, exclamó Marillac, con una entonación de abogado defensor: 1º Lambernier tenía una cita en el sitio y á la hora en que ha cometido el atentado; 2º el arma con que hirió es un simple instrumento de la profesion del acusado, es un compás de carpintero.

— ¡Un compás! interrumpieron muchas voces á un tiempo.

— ¡Un compás! exclamó el baron haciendo un movimiento sobre su silla y clavando sus ojos en Marillac.

Y maquinalmente llevó la mano á su casaquilla de caza, y la sacó prontamente habiendo tocado el compás del obrero que se le quedó allí despues de la trágica escena de la roca.

— Un compás de hierro, repitió el artista, de mas de diez pulgadas cuando está cerrado.

— Explicaos, caballero, exclamó el fiscal con el mayor interés; ¿habeis presenciado el lance? En ese caso la justicia os llamará como testigo.

— ¡Al diablo la justicia! contestó Marillac con voz de trueno.

— Testigo, os mando que hagais vuestra declaración, repuso á su vez el magistrado cuya embriaguez era tan

digna y solemne como era bulliciosa la del artista.

— Nada tengo que declarar porque nada he visto. Aquí el baron respiró con fuerza como si estas palabras hubiesen dado á sus pulmones el aire que les faltaba.

— ¡Yo sí que he visto! se dijo Gerifalte al contemplar la ansiedad pintada en el rostro de Bergenheim y cayó en una meditación profunda.

— Hablo por hipótesis y por presunción, prosiguió Marillac: dias pasados tuve una pequeña riña con ese Lambernier, y sin mi buena hoja de Génova habria podido concluir como la de hoy, pues ese perro es muy pronto para el daño.

Y aquí contó su escena con Lambernier, aunque la honra de la señorita Gobillot le impuso tantas reticencias, tanto disimulo y tantos rodeos, que su historia fué incomprendible para los oyentes.

— Basta, exclamó á guisa de conclusion y dejándose caer de golpe en su silla; venga de beber, notario, pues solo vos cuidais de mi persona. Lo mejor que hay en todo esto, es que yo gano diez monedas de oro en la aventura de ese tunante.

Estas palabras llamaron la atención del baron, y le recordaron las que habia dicho Lambernier al entregarle la carta.

Bergenheim dejó caer su cabeza sobre el pecho y permaneció largo rato perdido en sus reflexiones tratando de ligar las oscuras palabras que acababa de oír con las incompletas revelaciones de Lambernier. Excepto Gerifalte que no perdía ninguno de los movimientos del baron y que estudiaba cada variación de su rostro con el interés de un médico que asiste á una agonía, los convidados, mas ó menos absortos en sus propias sensaciones no prestaron la mayor atención á la actitud singular del dueño de la casa, ó bien como el notario la atribuyeron á la influencia de la bebida.

La conversación siguió, pues, su curso chillon, discordante, disputador, interrumpido á cada momento por las digresiones estrepitosas de algun convidado mas animado, pues al fin de una comida á la que no presidió la sobriedad, cada cual quiere imponer á los otros el despotismo de su propia embriaguez y de sus alucinaciones particulares. Inútil es decir que entre los mas habladores Marillac ganaba el premio, gracias á su robusta voz de bajo, y á lo incansable que era cuando tomaba la palabra.

— Cambiemos de conversación, señores, exclamó de repente lanzando sobre todos los convidados una mirada desdeñosa, ¿porqué no os habeis de entregar á una discusión de un orden mas elevado.... Venga vino, notario.

— Por Dios no le deis mas de beber, dijo Gerifalte al notario.

El artista miró un momento á su amigo con aire muy serio y luego le dijo con interés:

— Haces bien en privarte de vino, Octavio; bastantes excesos tienes hoy sobre la conciencia, y á fé mia un hombre tan delicado de salud, de todo se resiente; tú no eres como yo, un hombre sólido. — Figuraos, señores, que ese hombre pálido que tengo el honor de presentaros, el señor vizconde de Gerifalte, estrella literaria de primer orden, está afligido por la naturaleza de un estómago que nada tiene de comun con el del avestruz; necesita los mayores cuidados. Así es que le alimentamos con pechugas de gallina y agua de Seltz, y además conservamos ese precioso fenómeno entre dos mantas de lana, sobre una caldera de agua hirviendo. Así nos debe la Francia un gran poeta, porque es un gran poeta, señores, y yo lo soy tambien...

Un clamor general respondió á esta declaración insólita del artista.

— Para probároslo, continuó Marillac, ¿quereis que os improvise un discurso sobre la pena de muerte ó sobre la temperancia? ¿quereis que os naga en cinco minutos el plan de un drama en cinco actos y en verso? ¿quereis un cuento?

— ¡Un cuento! dijo una voz.

— ¡Un cuento! ¡un cuento! repitieron los convidados.

— Como gustéis: ¿quereis que sea un cuento de la edad media, del renacimiento, de nuestros dias, un cuento fantástico, oriental, fisiológico, íntimo?

— Venga el cuento íntimo, dijeron las primeras voces.

— Bien; ¿pero el cuento ha de ser chino, árabe, español, italiano, judío?...

— Que sea francés, gritó el notario.

— Yo soy francés, tú eres francés, aquel es francés... notario, eres muy patriota; vaya por el cuento francés.

Marillac apoyó su frente en sus manos y sus codos sobre la mesa á fin de recogerse y reunir sus ideas. Al cabo de algunos instantes de meditación alzó la cabeza y miró alternativamente á Bergenheim y á Gerifalte con una sonrisa extraña.

— Será original á fé mia, dijo á media voz como contestando á su propio pensamiento; señores, añadió dirigiéndose á la asamblea, hé aquí el título de mi cuento: *El Marido, la Mujer y el Amante*...

El artista se detuvo; á pesar del trastorno de sus ideas un resto de razón le hizo comprender que caminaba por un terreno peligroso y que se hallaba á punto de cometer una indiscreción imperdonable. Por fortuna Bergenheim extraño á la conversación no habia prestado ninguna atención á sus palabras; pero Gerifalte justamente alarmado con la charlatanería de su amigo, le lanzó una mirada que equivalía á una recomendación imperiosa de prudencia.

Marillac comprendiendo vagamente lo mal que hacia se intimidó con esa mirada, y volviéndose hacia el notario que le separaba de Gerifalte dijo á este con una voz que aunque trataba de hacer confidencial se oyó de un extremo á otro de la mesa.

— No tengas cuidado, Octavio, contaré el lance de manera que nadie adivinará ninguna cosa; es una escena para un drama que tengo en la cabeza.

— Te vas á poner malo á fuerza de beber y de hablar, respondió Gerifalte cada vez mas inquieto; cállate ó vén conmigo.

— El cuento, el cuento, gritaron muchas voces.

— Allá voy, contestó el artista sin hacer ningun caso de su amigo. He dicho el título: *El Marido, la Mujer y el Amante*, cuento íntimo francés; la escena pasa en una pequeña corte de Alemania.

— ¡En Alemania un cuento francés! exclamó con asombro el notario.

— Pues sí señor, respondió el artista; ¿os parece que no sé yo mi oficio? Nada es tan elástico como una corte de Alemania, pues en ella se hace figurar á todo el que se quiera; no obstante, si preferís una corte de Italia será absolutamente lo mismo.

Como esta proposición conciliadora se quedó sin respuesta, Marillac principió su narración alzando los ojos como si buscara inspiraciones en el techo.

— Y andaba despacio por la arboleda misteriosa al borde del torrente, la princesa Borinska...

— ¡Qué principio y qué nombre! interrumpió el notario.

— Silencio, exclamó Marillac, ó me callo.

— ¡Silencio, silencio! repitieron muchas voces.

— Y lanzaba suspiros convulsivos retorciéndose las manos y una perla blanca rodaba por sus pálidas mejillas... Y él la vió pasar de léjos, y la hermosa jóven pálida, le dijo: — Príncipe Borinski, he tropezado con la raíz de un árbol y me he lastimado el pié; me permitiréis que vuelva al palacio... Y el príncipe Borinski la preguntó: — ¿Queréis que os lleven mis guardias en un palanquin? Y el socarrón de Octavio contestó...

— Tu historia es absurda, interrumpió Gerifalte; señores, ¿vamos á estar toda la noche en la mesa?

Y se levantó, pero nadie siguió su ejemplo. Bergenheim que hacia algunos instantes prestaba mucha atención al artista, miró alternativamente á los dos amigos con ojos escudriñadores.

— Dejadle hablar, exclamó el notario con una sonrisa irónica; el cuento promete ser gracioso.

Marillac sin intimidarse con las fulminantes miradas de su amigo, repuso con la obstinación de la embriaguez y con una voz cada vez mas turbada:

— Ya te he prometido que no hablaré claro; ¿cómo quieres que esta gente comprenda la alegoría? — Señores, he cometido un error llamando á mi héroe Octavio... Se llama Boleslas... Boleslas Matalowski, del ducado de Varsovia... No hay mas relación entre este personaje y mi amigo Octavio que entre mi amigo Bergenheim y el príncipe Kolinski... Woginski... ¿cómo diablos se llama mi príncipe?...

— No se debe abusar de su estado, interrumpió de nuevo Gerifalte cuya inquietud habia llegado al colmo con estas últimas palabras... Por Dios, calla y sal conmigo, añadió hablando á Marillac y tomándole del brazo para levantarle. Pero Marillac agarrándose al borde de la mesa se puso á gritar como un loco:

— No, no, mil veces no, quiero acabar mi cuento; quieres cerrarme la boca, porque sabes que hablo mejor que tú; te conozco, es envidia.

— Marillac, si eres mi amigo, óyeme, respondió Octavio, que al inclinar la cabeza sobre el hombro del artista, notaba con ansiedad la atención que prestaba Bergenheim al debate, y la expresión siniestra de su fisonomía.

— He dicho que no y basta, aulló de nuevo el artista; y levantándose apartó bruscamente á Gerifalte y se volvió á sentar riendo á carcajadas.

— Poetas, dijo, tranquilizaos y regocijaos; habeis de oír mi historia, á pesar de las serpientes de la envidia. Pero dadme de beber; mi garganta está seca como un esparto.

Gerifalte con la persistencia desesperada de un hombre que se halla á punto de ahogarse, le cogió nuevamente por el brazo como si hubiera querido incrustar sus dedos en la carne, y trataba de fascinarle con su mirada; pero Marillac respondió á esta súplica silenciosa y amenazadora con estas palabras entrecortadas:

— Dame de beber, Boleslas... Mariaski... Graboski... Creo que Satanás enciende sus braseros en mi pecho.

Las personas sentadas cerca de los dos amigos pudieron oír un silbido de furor que salió de los labios de Gerifalte; de repente alargó el brazo sobre la mesa, tomó una botellita de cristal y llenó la copa que su amigo le presentaba.

— Gracias, dijo Marillac queriendo sostenerse sobre sus piernas; eres amable como un angelito; así te digo que puedes estar sin cuidado respecto de tus amores, no descubrirán nada. — A vuestra salud, tunantes.

Y apuró los dos tercios de la copa que dejó sobre la mesa; luego se sonrió y saludó con la mano á sus oyentes; pero su boca permaneció entreabierta como si sus labios se hubiesen quedado petrificados, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y un momento despues vaciló y cayó sobre su asiento herido en apariencia de un ataque de apoplejía fulminante.

Octavio que le miraba con atención, y que habia seguido todos esos síntomas con una ansiedad inexplicable, le sostuvo en sus brazos; pero á pesar del susto ó del interés que anunciaba este pronto socorro, un sus-

piro de alivio salió de su pecho cuando notó la muda inmovilidad de Marillac y la imposibilidad en que se hallaba de proseguir hablando.

— ¡Cosa extraña! observó el notario ayudando á sacar de la mesa á su vecino fuera de combate, ese vaso de agua le ha producido mas efecto que cuatro ó cinco botellas de vino.

— Jorge, dijo Gerifalte á uno de los criados con voz agitada, que calienten su cama y me ayudéis á llevarle.

A este incidente inesperado la mayor parte de los convidados se habian puesto en pié y rodeaban á Marillac extendido sin conocimiento sobre su silla. A pesar de que le mojaban las sienes con agua fresca y le hacian respirar un pomito de sal no habia recobrado el conocimiento.

Bergenheim aprovechándose de la confusión general, se inclinó sobre la mesa, metió un dedo en la copa del artista y le llevó luego á su boca, sin que lo advirtiera nadie mas que el notario, personaje curioso y observador por naturaleza. El notario, hallando la acción un poco extraña, se apoderó de la copa á su vez y bebió algunas gotas del líquido que contenia.

— ¡Diablo! dijo en voz baja á Bergenheim, ahora no me sorprende lo que le ha pasado. ¿Sabeis, señor baron, que si el caballero de Gerifalte no hubiera bebido tanta agua durante la cena, creeria que está mas borracho que el otro, ó bien si no fuesen tan amigos, me imaginaria que ha querido envenenarle para cortarle la palabra? ¿Habeis observado cómo le disgustaba la historia?

— ¡Ah! ¡todo el mundo llegará á saberlo! exclamó Bergenheim con una especie de furor.

— ¡Tomar una botella de kirsch por agua clara! repuso el notario sin advertir la turbación de su interlocutor; ¡diablo! ¡diablo! haria falta un emético: ese pobre jóven tiene en el estómago una dosis de ácido prúsico capaz de envenenar á un toro.

— ¿Quién habla de envenenamiento y de ácido prúsico? exclamó el fiscal corriendo con paso mal seguro del otro extremo de la mesa; ¿quién ha sido envenenado? ¿Dónde han hallado el cadáver, en el campo, en el monte ó en el rio? Yo formaré la causa.

— No hay tal cadáver en el rio, exclamó Bergenheim con una voz de trueno, y le cogió furioso por la garganta.

El magistrado incapaz de oponer la menor resistencia á la mano vigorosa que le ahogaba, se dejó sacudir dos veces como un cordero; de repente el baron se detuvo, y se dió una palmada en la frente, como si volviera de un acceso de pasión indómita.

— Estoy loco, dijo conmovido; vamos, todos hemos bebido demasiado; os pido mil perdones, caballero... y os dejo un momento, necesito aire.

Y dicho esto salió precipitado tropezando con las personas que se llevaban á Marillac á su aposento. El fiscal cuya cabeza estaba ya muy turbada, se acabó de trastornar con aquel ataque inaudito á su dignidad, y se dejó caer desfallecido.

XXI.

Bergenheim era uno de esos hombres cuya raza gradualmente extinguida desde los siglos feudales, fué resucitada en cierto modo por Napoleón: hombre de acción exclusivamente, no hacia ningun gasto superfluo de imaginación ó de sensibilidad, y en las ocasiones capitales no se perdía en divagaciones fuera del alcance de su espada. La ausencia completa de ese sentido que unos llaman irritabilidad enfermiza y algunos poesía, habia conservado á los resortes de su carácter la entereza natural que poseian; su alma carecia de alas para salir del mundo positivo, pero esa indigencia tenia su compensación, pues era imposible aplicar un brazo mas robusto que el suyo á todo lo que era resistencia material. Nunca se acordaba de ayer ni pensaba en mañana, vivía con la hora presente. Indiferente ántes ó despues desplegaba en el momento oportuno una energía invencible.

Sin embargo, en aquel instante, á pesar de toda su fortaleza, estuvo á punto de doblegarse con el golpe. En vez de reunirse con las personas que se llevaban á Marillac, bajó á los jardines, con el corazón oprimido por tantas emociones. La disimulación que le imponia la prudencia hacia mas terrible su tormento.

Bergenheim marchaba á paso rápido por el parque bañando en el aire frio de la noche su cabeza abrasada, y luchaba enérgicamente contra el vértigo que trastornaba todo su ser: á fin de libertarse de aquel suplicio, empleó todas sus fuerzas en recobrar su sangre fría, en dominar los peligros y los dolores que le rodeaban, con ojo firme si no indiferente, en una palabra, en reconquistar el imperio sobre sí mismo que durante la cena le habia abandonado repetidas veces. Sus esfuerzos no fueron vanos. El vigor de su alma anonadada un instante por la violencia de sus sensaciones acabó por recobrar su poderío. Sin flaqueza y sin exageración contempló su posición como si se hubiera tratado de otro. Dos hechos, el uno consumado, el otro incierto todavía, se alzaban delante de él horrorosos como una visión fúnebre: por una parte el asesinato, por otra el adulterio. Ningun poder humano podia remediar la primera de estas desgracias, ó neutralizar sus consecuencias; así hubo de adoptarla como se tiene el cuello al verdugo en el cadalso, pero desvió de ella su espíritu que necesitaba para otro tormento.

Esperando que llegara el día próximo quizá de la expiación, pidió una tregua al cadáver para ocuparse solo

de la mujer, y sometió al punto de honra orgulloso é inflexible, primera religion de su alma, la conducta que debia observar respecto de ella. Hasta entónces solo existían sospechas, pero muy graves, reuniendo las revelaciones de Lambertier con las extrañas indiscreciones de Marillac. Lo primero conocer era la verdad.

Cuando volvió al palacio, su fisonomía habia recobrado su calma ordinaria. La mirada mas escudriñadora apenas habria descubierto una ligera alteración en sus facciones.

El campo de batalla del comedor estaba al fin abandonado, y vencedores y vencidos se habian retirado á sus cuartos. Bergenheim se dirigió desde luego al aposento del artista á fin de que ninguna singularidad en su conducta llamase la atención, pues como dueño de la casa, debia una visita al hombre que habian sacado exánime de su mesa. Pero Marillac, gracias á los cuidados que le prodigaron, dormia en su cama con ese sueño penoso que sirve de expiación á los excesos báquicos, aunque libre ya de todo peligro. A poca distancia estaba escribiendo Gerifalte, como dispuesto á velar toda la noche cerca de su amigo, por si acaso la situación empeoraba.

A la vista del baron, Octavio se levantó: su fisonomía donde se habian pintado tantas emociones durante la cena, habia recobrado tambien su expresión de reserva, de modo que estos dos hombres se hallaron en presencia igualmente serenos.

— ¿Duerme? preguntó el baron, obedeciendo al ademán de Gerifalte que le recomendaba el silencio.

— Desde hace poco, respondió este, ahora está ya bien, y mañana ni se acordará de lo que ha pasado. Eso le servirá de lección y pondrá ciertos límites á vuestra hospitalidad regia; vuestra mesa era un lazo.

— No me culpeis, repuso el baron con igual apariencia de buen humor; si mañana debe enfadarse con alguien nuestro amigo, con vos será, que equivocais con agua el kirschen de 1763.

— Seguramente que estaba mas ebrio que mi amigo, interrumpió Octavio con una presteza suma; ¿qué habrán pensado esos señores de las cabezas y de los estómagos parisienses!

(Se continuará.)

TOLON.

Un canal estrecho separa la parte del arsenal donde nos hemos detenido en el artículo anterior de la que vamos á visitar hoy. Este canal que se atraviesa por un puente de madera establece una comunicación por las murallas entre la dársena del puerto y la rada, mediante el canal de la Panadería que baña la escollera del muro de recinto y le sirve de foso hasta la mar.

El parque de artillería y sus dependencias se hallan en uno de los bastiones de la muralla cuyos flancos y caras siguen por ese sitio. En los proyectos de Vauban ese bastion estaba destinado para parque de artillería, y á fin de consagrar ese destino, el célebre arquitecto dió por fuera de la muralla la forma de cañones á las canales que vierten al mar las aguas de la lluvia. La muralla no ofrece en efecto, en toda su longitud mas que un corto número de aberturas para la salida de las aguas, en tanto que el bastion del parque de artillería tiene veintinueve de esos cañones.

Los establecimientos del arsenal que desde la puerta de entrada formaban una débil línea paralela, cambian aquí de orden de batalla y se desarrollan sobre una sola línea entre la muralla y la dársena hasta la Cadena Nueva.

Primeramente hallamos á nuestra derecha un espacioso pabellón consagrado á las oficinas de la dirección de artillería. Delante y en la prolongación de la fachada de ese pabellón, está el parque de las balas formado por el ángulo entrante del bastion; una hilera de cañones ligados con una cadena cierra la gola defendida en otro tiempo por una empalizada.

El basamiento del pabellón que ocupan las oficinas de la dirección de artillería ostenta una línea de morteros enormes fundidos con sus cureñas que embarcan en los buques llamados *bombardas*, construidos expresamente para recibir esa artillería pesada. Todos esos morteros pintados de negro tienen inscripciones que recuerdan las últimas victorias alcanzadas por la marina francesa.

Enfrente de la artillería sobre la esplanada que separa el parque de las balas de la dársena, se halla establecido el parque de los cañones. Allí se hallan amontonadas piezas de todos calibres simulando baterías sobrepuestas.

La artillería de los navíos se componia antiguamente de piezas de bronce fundidas en la fundición de la marina que se halla fuera del arsenal al Norte de la ciudad entre la muralla y las oficinas de la Inscrición Marítima. El crecido número de cañones con breve llegó á exigir el desarrollo de las fuerzas marítimas de la Francia y el gasto excesivo que ocasionaba la compra del bronce y su vaciado, introdujeron en el armamento de los buques los cañones de hierro que sacaban de las fundiciones de la Borgoña. Por un decreto de 1669 se mandó que todos los buques del Estado llevasen una tercera parte de sus cañones de bronce, excepto los navíos almirantes cuya artillería debia ser toda de *fundición verde*. Poco tiempo despues se ordenó que los buques embarcasen la mitad de su artillería de piezas de hierro.

Algunas desgracias que sobrevinieron en el manejo

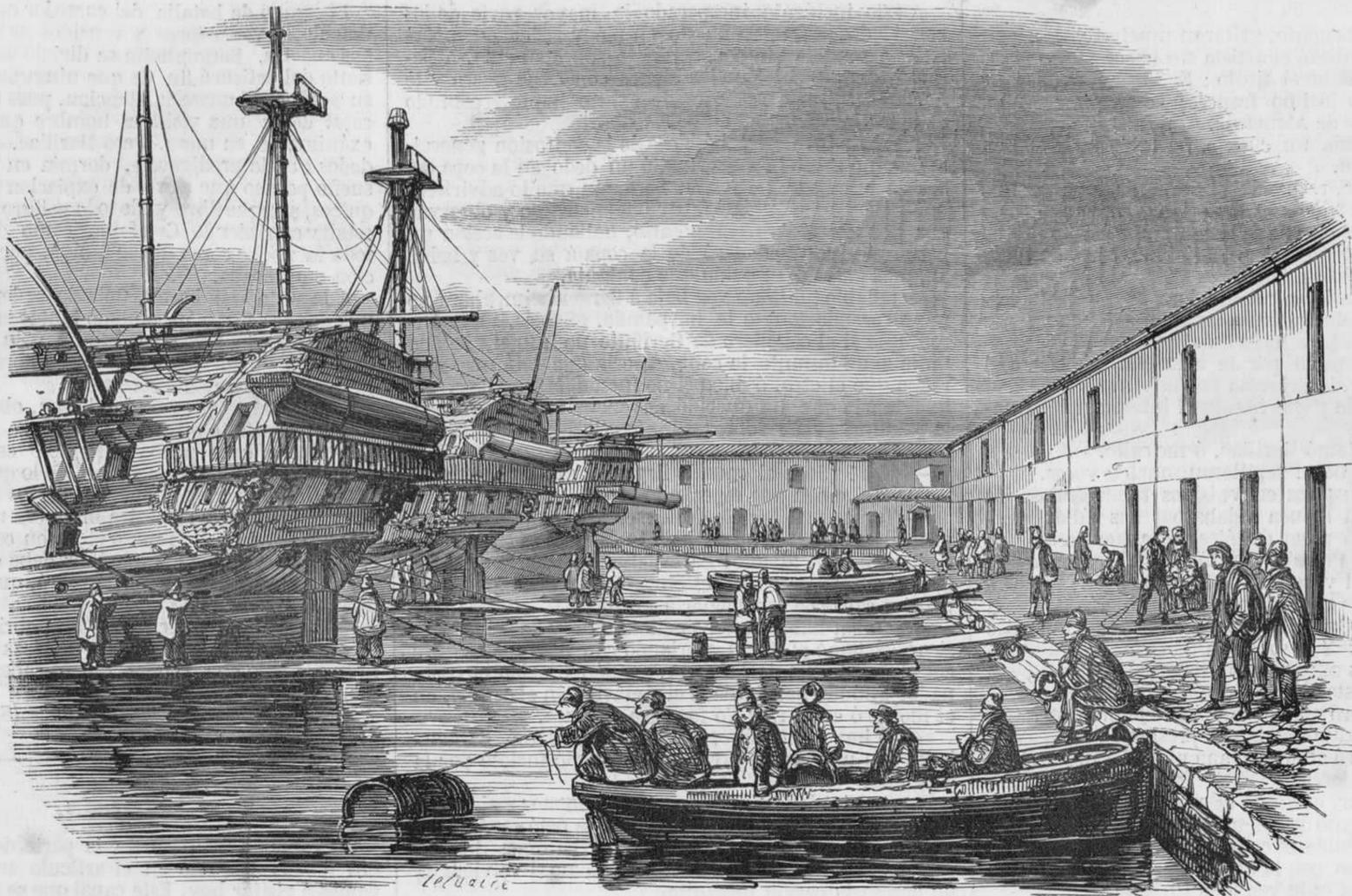
de estos cañones de hierro, excitaron la desconfianza de los oficiales de marina que opusieron grandes dificultades á su introduccion en los buques. En Tolon llegaron á rehusarlos completamente; hasta que un decreto rigoroso de mayo de 1674 prescribió á los oficiales comandantes que los aceptaran sin excusa. Por lo demás, muchos experimentos hechos delante de comisarios y de oficiales de marina habian probado irrevocablemente

la solidez de estas piezas que hasta hoy se usan. La artillería de bronce quedó reservada para los grandes navios.

El parque de las balas forma un vasto pentágono donde perpendicularmente al muelle de la dársena se ven alineadas largas pirámides de proyectiles; un crecido número de cureñas de baterías forma el basamiento de los edificios interiores. Ese doble patio esta adorno

con algunos árboles que dan buena sombra en el verano.

El piso bajo del pabellon cuyo primer piso está ocupado por las oficinas de la direccion de artillería, se halla dividido en tres naves por una doble hilera de pilares que sostienen diez y ocho bóvedas; al pié de cada pilar han plantado en el pavimento un cañon emblemático.



Puerto de Tolon. — Vista de los almacenes particulares.

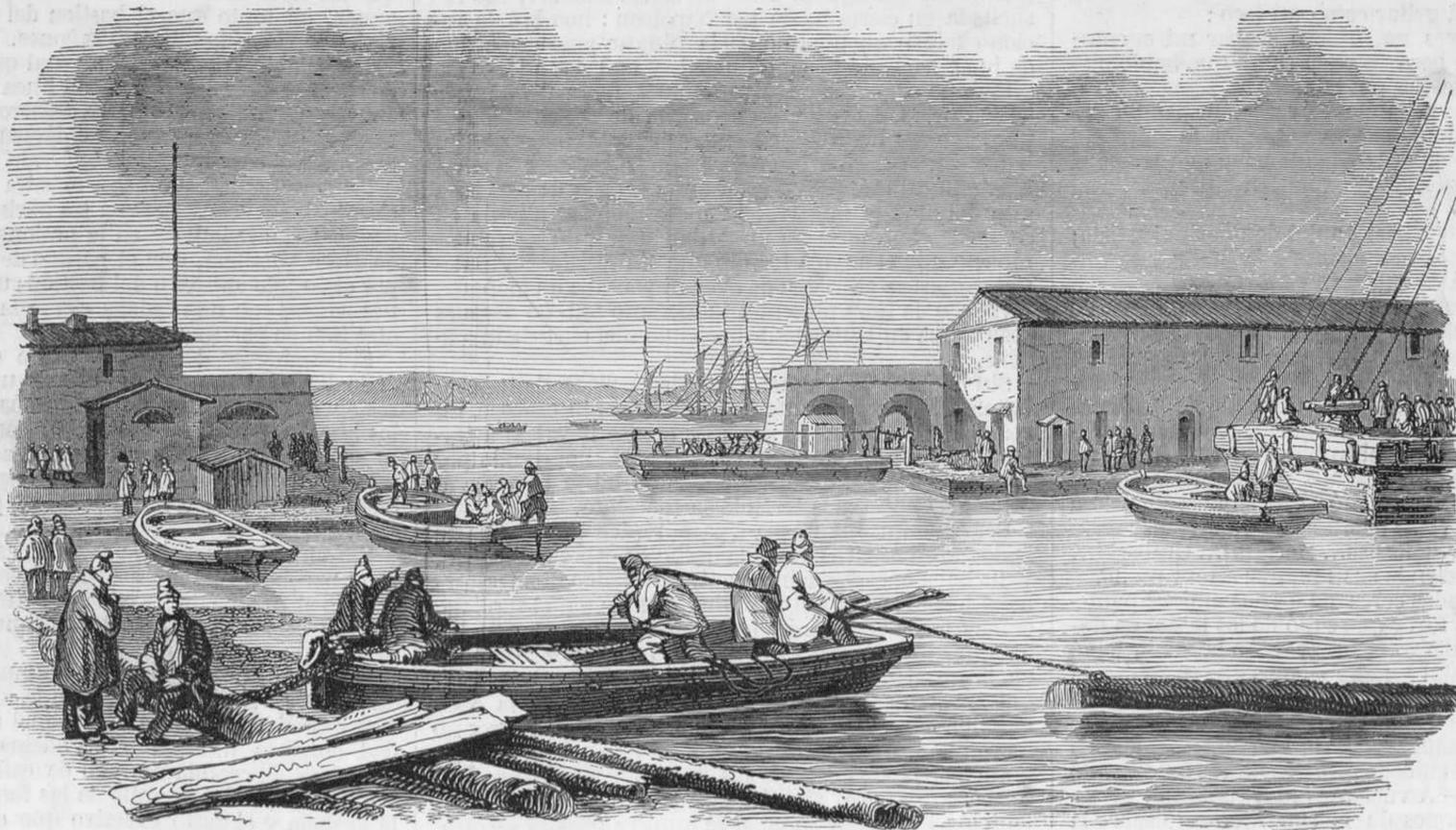
La nave del centro mas estrecha que las otras dos forma el corredor á cuya extremidad se sube una soberbia escalera de piedra de sillería de Cassis que recuerda la del Almacen general de que hemos hablado ya en la segunda parte de este trabajo. Esta escalera se dobla en el primer descanso para desembocar en la sala y en las oficinas ó para bajar al corredor que lleva al parque de las balas.

En los almacenes formados por las otras dos naves del pabellon á derecha é izquierda del corredor, se encuentran los talleres y depósitos de cordajes, poleas, etc., y en el ángulo del bastion, detrás de la escalera, el vasto almacen de los pedreros.

Todo el piso bajo del ala que sigue está ocupado por el almacen de las cureñas. En el ala opuesta están los talleres de los carpinteros y torneros de la artillería. En

un compartimento de ese mismo piso se hallan establecidas igualmente las oficinas de administracion de la compañía de los obreros artilleros.

En el piso bajo del pabellon que comprende al de las oficinas de la direccion está el taller de las fraguas. En el ángulo que corresponde al almacen de los pedreros funciona una hermosa máquina de alta presion de la fuerza de doce caballos. Marcha á una presion ordinaria



Puerto de Tolon. — La cadena del arsenal, llamada cadena-nueva.

ria de cinco atmósferas, y alimenta por medio de ventiladores subterráneos los veinticuatro hornos de que se compone el taller de las fraguas. Por ejes y correas de transmision comunica el movimiento en los diferentes talleres que vamos á ver en el cuarto principal mediante dos ventiladores que dan 1,400 metros por minuto; A una gran máquina de estivar de un solo árbol que

puede abrir verticalmente agujeros de 0,001 hasta 0,050;

A una máquina de cuatro taladros verticales para perforar las piezas pequeñas;

A una máquina para taladrar clavijas de 0,040;

A una máquina para tornear árboles de 2,00 de largo;

A dos máquinas ordinarias para taladrar las clavijas de 0,01 y 0,02;

A una máquina para cortar las tuercas;

A una sierra circular para la madera;

Y por último, á un martillo de cilindro oscilatorio movido directamente por una porcion del vapor que suministran las calderas.

Esa hermosa máquina es de rotación directa sin condensación; está movida por dos calderas de productores horizontales y cilíndricos, colocadas así como sus hornos en la plataforma de la trinchera y alimentadas sin cesar por una bomba que saca el agua de un pozo que comunica con el mar por un pequeño canal subterráneo.

La extremidad del piso bajo del pabellon está ocupada por el taller de los hojalateros.

En la parte que existe entre los edificios y la muralla se hallan sucesivamente volviendo hacia el pabellon de las oficinas, una pequeña fundición de cobre, un almacén de carbon, vastos almacenes de madera cortada, depósitos de metrallas; luego el taller de las metrallas, el

taller y el almacén de los pintores; en fin no se acaba nunca esa línea de construcciones que tiene de largo 280 metros.

En el primer descanso de la escalera que conduce á las oficinas se ve sobre un pedestal esculpido una estatua muy grande de madera; es el enjaretado de proa de la antigua fragata *la Circé*. Mediante algunas modi-



Puerto de Tolon. — El parque de artillería.

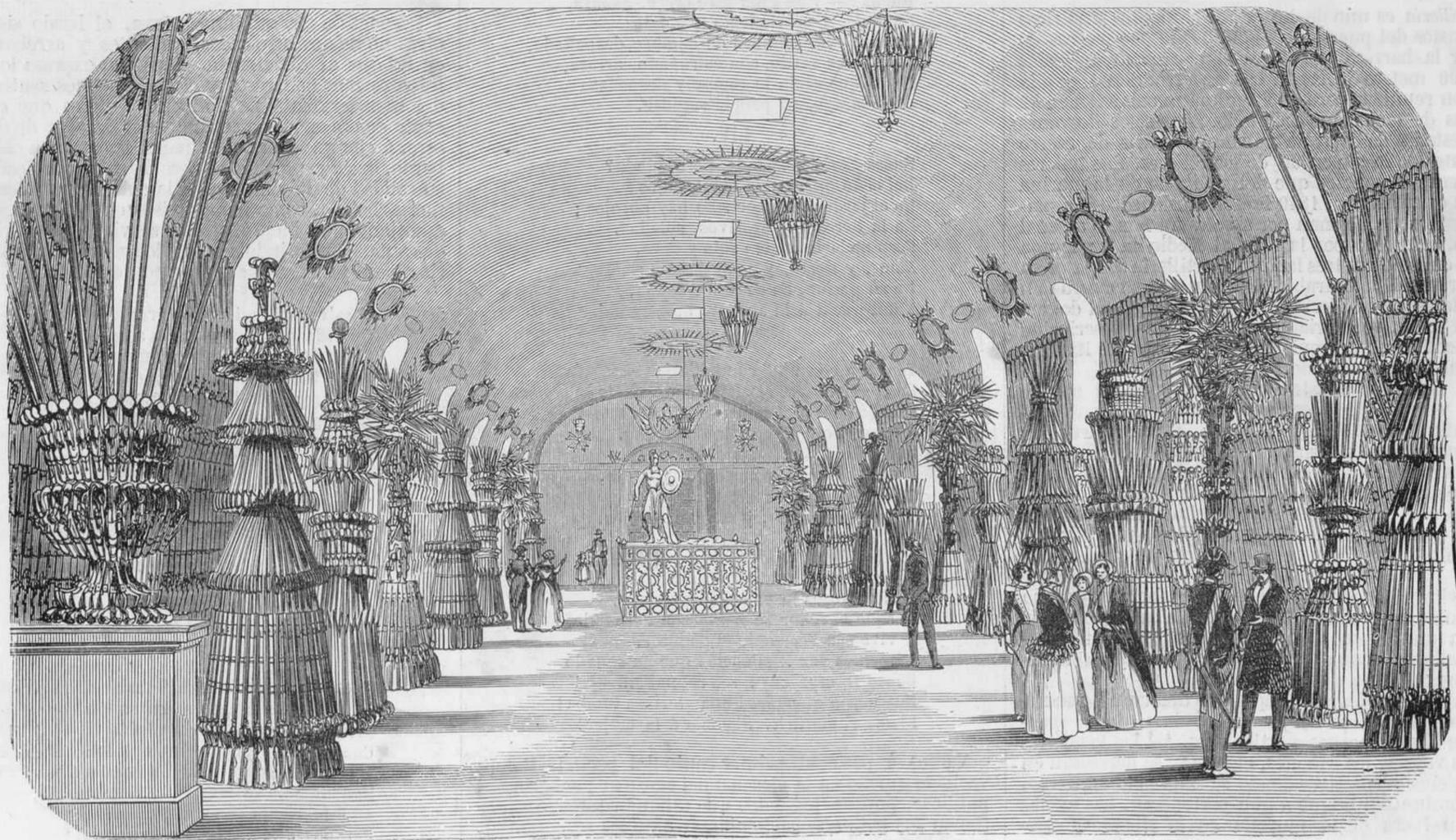
ficaciones en los atributos la fabulosa maga representa hoy bien ó mal la divinidad marítima, pero uno se pregunta qué interés puede tener con la artillería.

Subiendo por la izquierda la escalera cuya barandilla de hierro está coronada con una enorme bala argelina de piedra que pesa mas de 60 kilogramos, se llega á las oficinas de la dirección. El primer piso del pabellon se

halla igualmente dividido en tres naves por la misma arquitectura que reina en el bajo. La nave del centro sirve de corredor; á la derecha están las secretarías del director, de los capitanes y de los empleados, á la izquierda la sala de las conferencias en donde se encuentran la biblioteca, los planos y una porcion de modelos de piezas de artillería. Tomando por la escalera de la

derecha se llega á la puerta de entrada de la nueva armería.

La armería se encontraba en el arsenal de Marsella en la época en que esta ciudad era el puerto de construcción y de estación de las galeras que constituían entonces toda la fuerza naval de la Francia en el Mediterráneo. Cuando Luis XIV hubo hecho en Tolon un



Puerto de Tolon. — La armería.

gran puerto, las armas fabricadas para el armamento de las galeras se enviaron á Tolon y se depositaron en el antiguo local situado al extremo occidental del arsenal entre la cordelería y los talleres de la dirección de las obras hidráulicas. La insuficiencia de este local reconocida desde hace largo tiempo, puesto que apenas podia contener 20,000 fusiles, exigió la creación de una

nueva armería en relacion con la importancia actual del puerto y bastante espaciosa para contener todo el material destinado á los armamentos eventuales.

La entrada de esta nueva armería está guardada por dos Hércules pintados decolor de bronce con auréolas de hojas de puñales; en medio está el busto de Napoleon. Se queda uno deslumbrado al entrar en ese salon:

las tres naves que le dividen, dos muy estrechas á los lados, una inmensa en el centro, se hallan cubiertas de armas de todas clases; fusiles, espadas, puñales, hachas y sables de abordaje, fusiles de trinchera, pistolas y mosquetones de grueso calibre, alabardas, picas, trabucos, pedreros, en fin todo lo que los hombres han inventado para defenderse y para destruirse. La nave de

centro se había dividido en un principio en otras tres naves por los largos armeros que contenían los fusiles en el local antiguo; pero estos armeros han desaparecido y las armas arriadas á los veintidos pilares que sostienen la bóveda. La luz exterior que se hallaba interceptada por los armeros pasa ahora por entre las bayonetas resplandecientes y las guarniciones de los sales de donde saltan millares de chispas. Las armas están dispuestas en trofeos con un gusto exquisito.

En medio del salon hay una hermosa estatua de Belona, con la espada en la mano que es una obra maestra en su género; con una porcion de piezas de hierro ó de cobre menudas sacadas de fusiles, han armado la barrera donde se ven entrelazadas muchas hojas, flores y frutos.

Todas las tardes á eso de las cinco grupos de ricos uniformes y de señoras elegantes se pasean bajo esas palmeras de armas relucientes y entre esos pabellones. Los visitantes se detienen siempre delante de dos maniqués que están de centinela en la barrera de que acabamos de hablar, cubiertos con la pesada armadura de los guerreros de la edad media. Llevan dos escudos de acero trabajados á martillo con dibujos que causan la admiracion de todos.

Tolon debe esta espléndida armería al señor coronel director de la artillería; así como debe el arreglo de todos esos trofeos, esos sales de bayonetas que ofenden la vista, esas auréolas de granadas escarlata y esas arañas deslumbradoras donde las armas imitan al cristal de un modo sorprendente, á M. Charpentier, autor de un *Ensayo sobre el material de la artillería naval de Francia*, obra muy estimada. Además M. Charpentier ha fundado una escuela de aprendices armeros elegidos exclusivamente entre las familias de los marinos pobres ó de los artilleros de marina.

Se sale de la armería por una puerta que hay enfrente de la entrada principal en el extremo opuesto. Enseguida se halla una escalera de piedra de sillería como la otra, que conduce al magnífico taller de la armería cuya fecunda actividad sería capaz de asustar á un apóstol de la paz á toda costa. Este taller tiene ochenta tornos: en su seno funcionan las principales máquinas puestas en movimiento por los ejes y las correas de transmisión de la máquina de vapor que hemos descrito ya; al lado está el taller donde se ajustan las piezas.

El taller de los guarnicioneros está paralelo al de los armeros en la nave del ala que mira al Levante.

El primer piso del último pabellon cuyo suelo es de madera, mientras todos los demás suelos del edificio son de ladrillos, está ocupado por dos talleres importantes, á saber: el del pulimento á la derecha, donde se cuentan igualmente unos cincuenta tornos y el taller de los modelos á la izquierda. En este último se confeccionan los modelos de todas las piezas en uso en la artillería de marina. La coleccion de estos modelos formará un museo de modelos de armas sobre los cuales se dibujarán escalas de proporcion, y este museo formará juego con el de los modelos de buques, que se admira justamente.

La *artillería* es uno de los establecimientos mas ricos y mas vastos del puerto de Tolon. Tiene 300 metros de recinto y la barrera que cierra el parque de las balas cuenta 90 metros de larga. Las construcciones que la componen reunidas por tres ángulos inmensos tienen 82 aberturas de fachada á cada lado. Sus vastos desvanes están atestados de cajas de pólvora y piezas de hierro procedentes de lo superfluo de los talleres. Sus talleres y almacenes de cohetes que del polígono de la marina donde se quemaron en 1840 fueron trasladados á la playa de Castigneau, forman por sí solos un bonito arsenal separado, defendido por la rada al Mediodía y por una muralla en los otros tres lados. La artillería ocupa cerca de mil brazos. Es admirable el orden que se guarda en estos talleres; la artillería es la gloria principal del arsenal de Tolon, y habríamos reservado su descripción para concluir nuestra revista, sin el inexorable itinerario que nos hemos trazado.

Ahora siguiendo nuestra visita tomamos un muelle estrecho y largo que tiene por un lado una construcción continua pegada á la muralla. Esta construcción lleva el nombre de almacenes particulares y los primeros compartimientos de esa interminable serie de almacenes dependen aun de la direccion de artillería de marina. En esos almacenes se depositan los aparatos, cordajes, poleas y en fin todas las piezas pequeñas de armamento de los buques que entran en comision de puerto.

Para evitar toda confusion cuando el buque reclama sus artículos, cada uno de estos se halla colocado con su rótulo en un almacen aparte, de modo que las tripulaciones hallan al momento todas las piezas que componen el armamento precedente.

Las piezas grandes del buque que desarma ó que entra en comision de puerto, son las únicas que se proscriben de los almacenes particulares. Así las velas, los palos, las vergas, los cañones, etc., etc., se depositan en sus almacenes respectivos donde se sellan sin embargo, con el nombre del buque á que pertenecen. Las anclas se colocan fuera de la muralla en la ribera de Castigneau.

En cuanto á los botes permanecen amarrados sobre cubierta ó colgados á popa y á los lados del buque desarmado.

En el muelle se distingue una hilera de buques de todas dimensiones, y la última parte de ese muelle está reservada á los buques en armamento que concluyen de ponerse allí en buen estado para salir al mar. La doble línea de buques y de construcciones de los almace-

nes particulares no se acaba hasta llegar al punto llamado la cadena-nueva, ancha abertura practicada en el grueso de la muralla por la cual los buques del Estado pasan alternativamente del puerto á la rada ó de la rada al puerto, cuando es necesario. Esta abertura ha tomado su nombre de la cadena de hierro que la cierra por la noche y que extienden á flor de agua para prohibir la entrada ó la salida del puerto á toda embarcacion durante la noche.

Esta cadena fija por una de sus puntas se halla amarrada por la otra á una cabria de madera que sirve para sacarla del fondo del agua, donde la dejan sumergida todo el dia. Hay una barca al cuidado de un presidario que transporta de un lado á otro á todo el que quiere pasar.

Dos coronadas cargadas de metralla apuntan del muelle occidental al muelle opuesto para impedir á todas horas el paso de la cadena á los presidarios en caso de que estos se subleven.

En los dos extremos de los muelles que forman la cadena-nueva han establecido las cocinas de las tripulaciones de los buques que se hallan en reparacion ó en comision de puerto en el arsenal. Como está rigorosamente prohibido el encender lumbre á bordo de los buques en el arsenal, han debido elegir un sitio para las cocinas vigilado siempre por los bomberos.

Hoy nos detendremos en la cadena-nueva, reservando para el próximo artículo que nos volverá á nuestro punto de partida, la descripción de los presidios, la de los tres estanques y la del magnífico taller de los maquinistas que enfrente se eleva.

(Se concluirá.)

C. P.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

(Continuacion).

LII.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y, en medio del delito, se apercebe
Que es imposible detenerse ya;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo
Rodando á su pesar, rápido va.

LIII.

Es el primer delito como el lurté
Que el huracan de los nevados lanza.
Rueda! — y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento, y solidez.
Rueda! — de cumbre en cumbre despeñado,
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

LIV.

Busca alivio Fernando, pero dónde?
Del cielo aparta los enjutos ojos;
En el jardín de amor solo hay abrojos;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate; solo y fiero,
Amor, y tierra, y cielo desafia:
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

LV.

Tan solo con un fin humillaria
La frente altiva, el alma de diamante;
Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.
Amor es su fantástico delirio:
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
Y, desoido, de su sér reniega,
De gloria, y cielo, y religion, y Dios.

LVI.

Siete veces el sol trajo el estío,
Y siete veces le encontró penando,
Porque el dolor se sienta con Fernando,
Y vive con Fernando el padecer.
La octava vez... silencio! que ha sonado
Bélica trompa cuya voz retumba... —
Busca ¡oh guerrero! una gloriosa tumba!
Llama el clarín!... Silencio á la mujer!

Vamos á pasar al primer canto del poema. Hemos vacilado mucho en la eleccion del canto que deberíamos publicar, porque todos los que están en nuestro poder tienen sus bellezas particulares; algunos rasgos, algunas estrofas, algunas descripciones, algun diálogo hacen preferir una parte del poema, y uno va á decidirse ya, cuando mas allá las mismas cualidades resaltan en un nuevo cuadro. Así sucede al leer, por ejemplo, el canto en que aparecen el genio del Bien y del Mal, — ó el otro en que el poeta nos hace asistir al desafío de los dos hermanos, etc., etc. En ocasiones, se ve uno embarazado para encontrar una belleza entre centenares de versos de una leyenda, de un poema, de un

drama, etc.; en el poema de Arboleda, la dificultad está en saber escoger la flor mas bella de las muchas en que abunda su espléndido pensil.

La obra tiene todos los caracteres que se requieren en un poema épico: la acción es grandiosa, interesante y de extension proporcionada. Los episodios son bien traídos y esmeradamente trabajados; la versificación es armoniosa y constantemente sostenida; el estilo limpio, claro y correcto; en la narracion hay fuerza, elevacion, dignidad y fuego; los diálogos tienen viveza y oportunidad.

En el canto primero se hace la exposicion del asunto. La empresa de tomar la ciudad de Popayan, se empieza á diseñar con formas proporcionadas. De la caída de aquella ciudad hace depender el poeta un hecho de consecuencias inmensas: — la independencia del continente entero y la posibilidad de establecer un vastísimo imperio. Los dos actores que vemos entrar en acción, Alvaro y Walter, son dos insignes malvados que, si tienen mucho de odioso y de terrible, nada tienen de pequeño ni despreciable; y cuyas miras son elevadas y elevadas algunas veces sus sentimientos, sirviendo estas cualidades para atenuar un tanto sus crímenes. El héroe principal es, como apuntamos arriba, Gonzalo de Oyon, noble de corazón y de alma grande, —leal, valiente, sensible, amante del deber, y que, por sus virtudes, contrasta con los otros personajes mencionados.

Feliz como pocos ha sido el bardo en la descripción del continente americano; las montañas gigantes de la América, sus rios que remedan el mar, sus valles dilatados, etc., etc., todo está descrito admirablemente, y en varios pasajes hay verdadera armonía imitativa, y color local en todo lo descrito. Las mas bellas flores de la poesía están regadas con profusion en ese bello canto.

Alvaro despliega delante de los ojos de Walter un mapa enorme que recorre con suma presteza, nombrando los lugares mas importantes y á los cuales se ha de extender su acción. Este hecho, bien traído por el poeta, pone al lector en camino para conocer el teatro donde va á pasar la escena. La América reclamaba un cantor digno de ella: creemos que lo ha hallado.

Los rasgos que mas han cautivado nuestra atención en este canto, son la invocación á las Musas, las estrofas en que el autor endereza su corazón hácia su bella é infortunada patria, y el diálogo animado que se entabla entre Alvaro y Walter.

Después de saludar el poeta, con amor y veneracion, á su país natal — Popayan, diciendo así:

Yo te saludo, Popayan insigne!
Salve! cuna de mártires y sabios!
Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios!
Y que tu historia algun lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
Salve! Payan, tres veces, salve! salve!

Después de esa sublime octava, el bardo sigue con otras no ménos inspiradas, valientes y arrebatadoras, en las que al dirigirse á su patria, expresa los sentimientos mas generosos y elevados, — los sentimientos del mas ferviente patriotismo. Y no es que el poeta cante de ese modo reservándose el derecho de obrar de otro, á ejemplo de aquel español que, en su calidad de bardo, hacia cantos magníficos á Jesus crucificado, y en su calidad de filósofo negaba la existencia de Jesucristo; no! Arboleda, como hemos visto en el curso de estos apuntamientos biográficos, ha servido á su patria antes de cantarla, habiéndola dedicado sus talentos, sus luces, su reposo y su fortuna. Así, pues, exclama con razon:

Y salve! tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
Si en exilio tú bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa. (1)

Yo te amo, aunque tu mano me arrojara
Madre! como á reptil de tu regazo!
Si mas me persiguieras, mas te amara,
Y bien por mal volvírate mi brazo.
Ah! quisiera tener voz alta y clara
Solo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

Y viera el mundo al hijo maldecido
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su fétoro al olvido,
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido,
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
A mi ferviente súplica propicia,
Perdonara la historia tu injusticia!

No sé por qué de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;
Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
Si pienso, siempre aflígeme la historia

(1) Estas octavas las compuso el autor estando desterrado en el Perú, el año de 51, por haber combatido la revolucion comunista encabezada por Lopez, Obando, etc.

De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
Es devorarte sin honor, sin gloria, —
Gusanos de un cadáver que se gozan,
Aunque mueran despues, miétras destrazan...

Pero ¿para qué seguir citando? Mejor será copiar integro el canto primero como lo hicimos con la Introducción; y es seguro que obrando así agradaremos a nuestros lectores.

GONZALO DE OYON.

CANTO PRIMERO.

I.

Vén, Musa, tú, que el seductor y gayo
Ropaje del pagano depusiste,
Y, de nuevo poder haciendo ensayo,
Con la verdad armada, apareciste
Sirviendo á Tasso como al sol el rayo;
Tú que de fé sacerdotisa fuiste
En su canto inmortal, vén, Musa, inspira
Verdad y tono á mi discorde lira!

II.

Yo no te pido; ó Diosa de Helicon!
El estro del fantástico romano;
Ni aspiro audaz á la inmortal corona,
Que tejó para Píndaro tu mano.
Hijo rústico soy de inculta zona:
Dios es mi único Dios, mi patria el fano
Do, sacerdote agreste, en rudo traje,
Al viento doy mi cántiga salvaje.

III.

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo, con mano reverente,
Las hojas secas de laurel perdido.
Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

IV.

Así, si sobre prados de esmeralda
El ardiente volcan su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardida falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jálida
Yerba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

V.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Oceano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruidos los lados por la mano
Del tiempo, en la obra perennal cansada,
Mírase el continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

VI.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansion inmensa,
Y en larga línea para el Sur desciende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus piés rugiendo.

VII.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condor el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,
Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

VIII.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente,
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente
Enriquecen la tierra: entretajidos
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren: luego en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz — comercio al mundo.

IX.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico suave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de union; mas su tesoro
No está en el oro vil; está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

X.

De Granada, la nueva, el vireinato
Departa el Marañon de sus vecinos:
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura union vínculo grato
Entre los industriosos granadinos, —
Aorta de este mundo colombiano,
Y rio de los rios soberano.

XI.

Y de Granada en la region do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,
Y con suave hábito respira,
Arrullada entre palmas, la aura errante,
Y el tagüjo monótono suspira,
Del marjal melancólico habitante; —
Entre el Ande y el mar, que la mejilla
Recuesta en paz á la escarpada orilla,

XII.

Es un valle feliz: su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas,
Que la brisa al pasar besa y adula:
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipítase y circula
Serpenteando, entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel Eden verde y riente
La ilustre Popayan alza la frente.

XIII.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre, que asechanza teme
Y espera el can al árbol recostada,
Detrás del curvo cerro de la Eme
Se la mira de léjos engastada:
Desde el Cauca, á la luz del sol, que treme
Sobre al alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios.

XIV.

Al Oriente Belen, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesus, su Señor, y cumple el voto
Año por año, en santo arrobamiento.
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en silencio solemne recogido,
Adora al Salvador recién nacido.

XV.

Alumbra la capilla el sol naciente
Dando en el monte verde y escarpado,
Do un camino en figura de serpiente
Gira, y le va subiendo por un lado;
Y á este camino agólpase la gente,
Y de vivos colores matizado,
Como una sierpe enorme se estremece
Y en gayas ondas sus anillos mece.

XVI.

Y mas allá, como inmortal gigante
Alza la frente el Puracé sublime;
A veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
O incendia en llamas la extension del cielo.

XVII.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra el desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas,
Que guarda de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

XVIII.

En los montes, que ya suavemente
Hasta besar la linfa, enamorados
Descienden, ó ya suben de repente
En riscos pintorescos escarpados,
Sus frutos cada zona diferente
Ve con los de otra zona entrelazados;
Todos iguales, todos juntos crecen
Y á un tiempo se maduran y florecen.

XIX.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
Pierde por tiempos el azul sereno:
Entónces, de relámpagos preñado,
Recorre el horizonte el ronco trueno;
Por el ímpetu eléctrico turbado,
Brotó el aire huracanes de su seno;
Cae la lluvia, crujen las montañas,
Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

XX.

Mas la negra tormenta que oscurece
Y asorda en torno al mundo, y le conturba,
Y del cielo la bóveda estremece
Lanzando rayos por su inmensa curva,

A la vuelta del sol desaparece,
Pasa de nubes la apiñada turba,
Y ante la luz pacífica y tranquila
Ni se mece la flor, ni el aire oscila....

XXI.

Aquí la vasta cordillera empina
En fantásticos riscos su cadena;
Allí, en vaiven, elástica se inclina,
Sobre el tallo gentil de la azucena,
La flor, ante la brisa matutina;
Acá el arroyo por la selva suena; —
Y vese el llano y su pintada alfombra
Que interceptan los montes con su sombra; —

XXII.

Y la fruta silvestre, donde toma
Su grato olor la brisa pasajera
Para mezclar al de la flor su aroma; —
Y el canto de la tórtola agorera,
Cuando la noche en el Oriente asoma; —
Y el variado matiz de la pradera,
Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan; —

XXIII.

Y el Cauca, que entre enormes pedrejonas
Sus ondas bramadoras alborota,
Ó preso por altísimos peñones,
En vano el dique de granito azota; —
Y del ronco volcan las convulsiones, —
Y el muelle junco que en el lago brota, —
La calva roca, la aromosa planta, —
Todo, en contraste seductor, encanta.

XXIV.

No es este el clima delicioso, blando,
Que al ocio solo y al placer convida;
Ni su habitante gozará, pasando
En pereza monótona la vida.
Para quien nace en su redor mirando
La gigante natura estremecida
En contraste magnífico y eterno,
La quietud, la inaccion, son el infierno.

XXV.

En la vasta extension que el Cauca baña,
Desde que asoma la modesta frente
Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Si, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco, — hasta el delito.

XXVI.

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
Ó besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
Ó desciende, en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
Ó sus olas espléndidas de plata,
Rueda de catarata en catarata;

XXVII.

Así su hija entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura,
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe — santo — mártir — delincuente —
Todo — menos cobarde — indiferente!

XXVIII.

Yo te saludo, Popayan insigne!
Salve! cuna de mártires y sabios!
Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios!
Y que tu historia algun lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!
Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
Salve! Payan, tres veces, salve! salve!

XXIX.

Y salve! tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

XXX.

Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre! como á reptil de tu regazo!
Si mas me persiguieras, mas te amara
Y bien por mal volviérate mi brazo.
Ah! quisiera tener voz alta y clara
Solo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó su gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se continuará.)

Residencias imperiales de otoño en Rusia.

La corte imperial de Rusia tiene en las cercanías de la capital del imperio, cuatro sitios de recreo adonde acude en algunas horas cuando así lo exigen la etiqueta, el hábito ó las circunstancias: Peterhoff, magnífico palacio construido por Pedro el Grande en las márgenes del golfo de Finlandia; — Tsarskoé-Selo, residencia que es aun mas vasta y magnífica; — el castillo de Gatchina que compró Catalina II despues de la muerte del príncipe Orloff para regalarle á su hijo el gran duque Pablo, y Yelaguine, construcción mas reciente en una de las islas que forman parte de San Petersburgo.

El palacio de Tsarskoé-Selo se edificó reinando la emperatriz Elisabeth, por el conde Starelli, arquitecto italiano, cuyo talento se ha señalado mucho en San Petersburgo. El palacio de invierno, el convento de Smolnoi, el cuerpo de pajes y la casa Straganoff, son edificios que presentan efectivamente un carácter de grandeza y elegancia que, exceptuando la catedral, no tienen las construcciones del tiempo de Catalina II ni de Alejandro.

El nombre de Tsarskoé-Selo significa la aldea del czar. Ese inmenso dominio con llanuras, monte y colinas, formaba parte en 1708 del terreno de Pourkeilo, que

Pedro I° regaló á su esposa la emperatriz Catalina, que hizo construir allí algunas casas de madera y una iglesia, verdadero origen de la suntuosa morada imperial que hoy se admira. Sin duda en la memoria de su ma-

dilecta, añadiendo el gusto y el esplendor que sabia imprimir á todas las cosas.

El patio del palacio es muy vasto y forma una especie de semicírculo de edificios compuestos de un piso bajo que miran á la fachada principal. Una verja de hierro figura la entrada de honor, pero se prefieren por ser mas fáciles las entradas que hay en los extremos. El palacio con sus tres pisos tiene un aspecto imponente; el ala izquierda contiene la capilla imperial y el ala derecha se desarrolla sobre el jardin. Esas inmensas construcciones de un gusto mas moderno fueron anadidas por Catalina II. En un principio las techumbres y todos los ornatos de ambas fachadas eran doradas. Las cúpulas de la capilla se han conservado en ese estado como es costumbre en Rusia, pero las techumbres se hallan pintadas de verde, y un color amarillo muy vivo reemplaza los dorados sobre todos los ornatos exteriores y particularmente por el lado del jardin sobre una larga serie de cariátidas cuyas proporciones gigantescas producen el mejor efecto. Desgraciadamente los árboles plantados demasiado cerca interrumpen su vista.

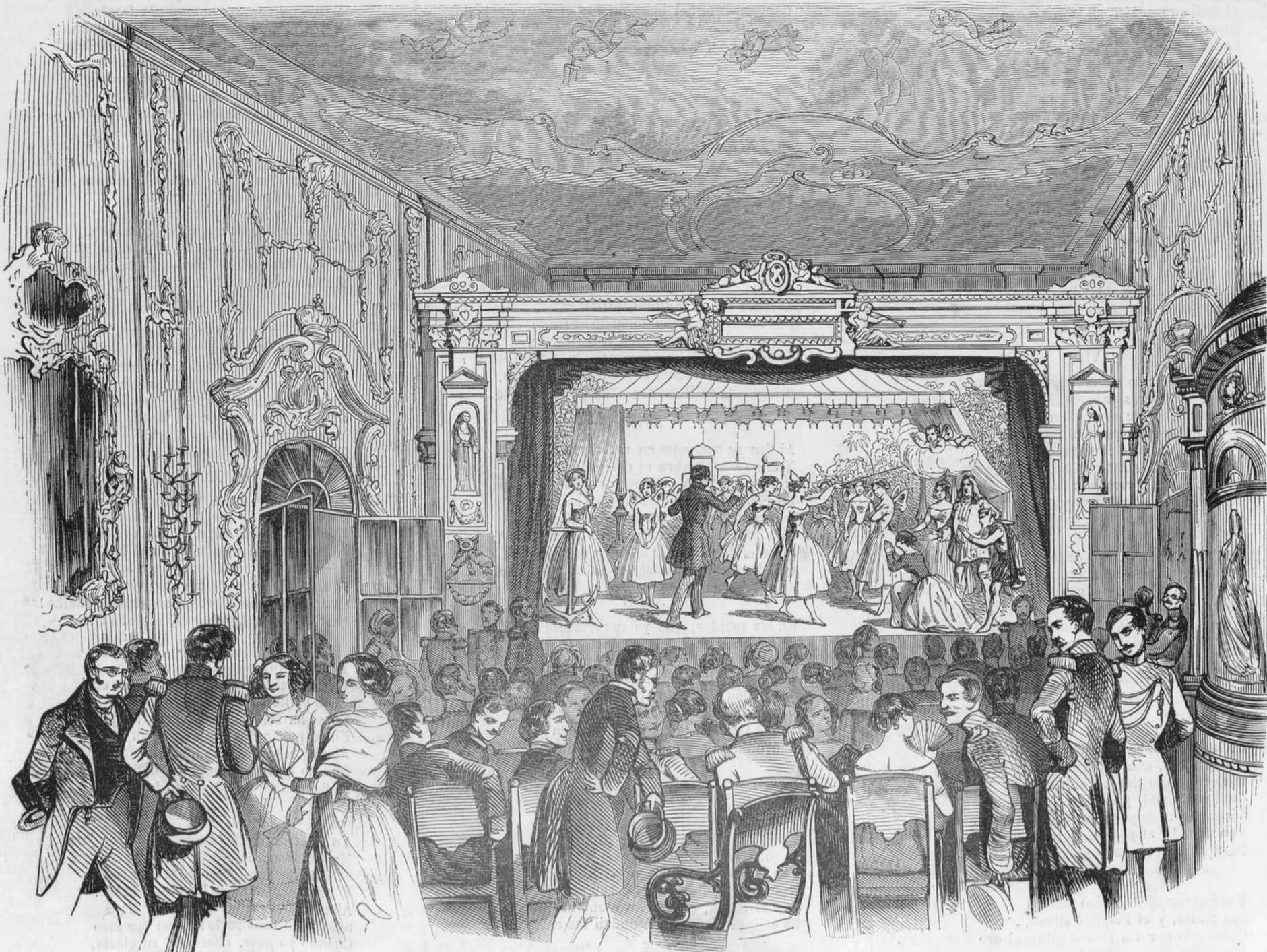
A continuacion de las construcciones que forman el ala derecha del palacio y ántes de la galeria de columnas que parece lanzarse en medio de las hojas para presentar las columnas de su fronton griego, practicaron



Vista del palacio de Tsarskoé-Selo, residencia imperial de Rusia.

dre, Elisabeth quiso habitar aquel sitio, y desde entonces Catalina II le eligió tambien por su residencia pre-

nas que parece lanzarse en medio de las hojas para presentar las columnas de su fronton griego, practicaron



Representacion de un baile en los aposentos de Tsarskoé-Selo.

en los últimos años del reinado de Catalina II cuando esa emperatriz apenas podia bajar y subir escaleras, un inmenso paseo elevado sobre las bóvedas que del primer

piso y por una cuesta insensible se adelanta á lo léjos por el jardin. Esa obra guarnecida de cazoletas de hierro y adornada de flores, se armoniza perfectamente con

el aspecto general. Si por el lado del patio, el palacio de Elisabeth tiene una fisonomia regular y majestuosa, por el lado del parque los anejos han destruido todo lo

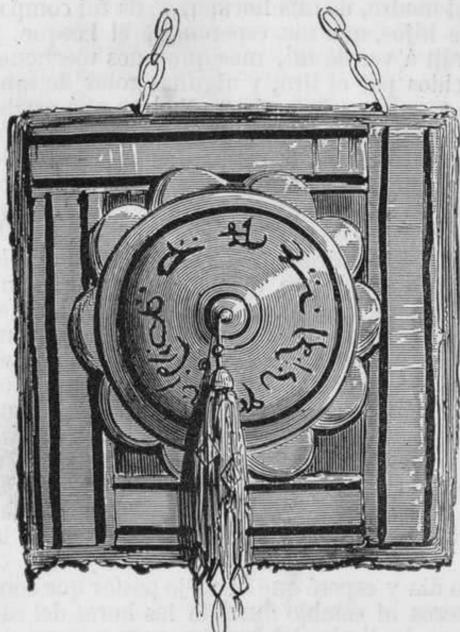
que tenia de austero; están en acuerdo con la irregularidad combinada de los jardines á la manera inglesa, pues la fama de Tsarskoé-Selo en el siglo último, proviene principalmente de sus jardines: Delille los menciona en su poema y hoy que el arte de los plan-tíos ha hecho tantos progresos, merecen todavía su reputacion.

La extension y las desigualdades del terreno, la riqueza, la variedad de las construcciones, la hermosura de las aguas, la frescura de la yerba, el cuidado minucioso que se tiene con las plantas y las alamedas, hacen de ese parque un paseo delicioso donde á cada paso se descubren nuevos puntos de vista y aspectos graciosos. A medida que uno se adelanta distingue lagos, rios, islas, puentes de muchas formas y hasta un puente cubierto,

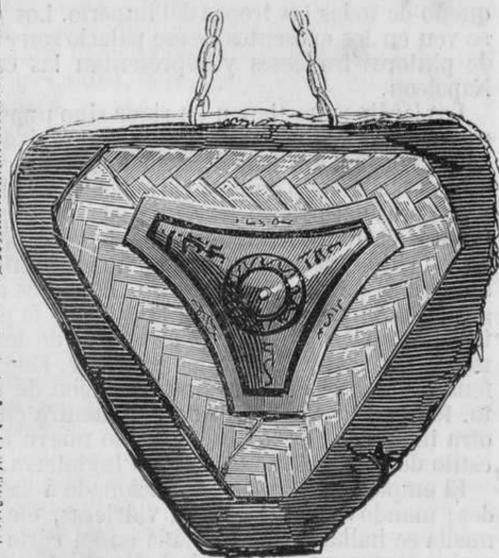


Sepulcro elevado en el parque de Tsarskoé-Selo á la gran-duquesa Alejandrina.

una pesquería elegante, un templo que contiene una coleccion de estatuas preciosas, y por todas partes la historia vive en esos embellecimientos: aquí se ve un pueblecillo que recuerda la toma de la Taurida, allí un obelisco donde el nombre de Roumian-zoff Zadounaisky señala la victoria de Kagoul; mas allá sobre un pedestal de piedra una elevada columna guarda el recuerdo de Orloff, vencedor de Oriente; en otro sitio se admira un grupo de casas que llaman el Almirantazgo: enfrente hay una aldea chinesca con sus puertas de formas caprichosas, con su pagoda que encierra el teatro; luego vemos una granja suiza poblada de magníficos ganados traídos del Tirol; luego en medio de las aguas y sobre las copas de los árboles se lanzan pirámides y



Condecoracion de Chamyl.



Condecoracion de Chamyl.

obeliscos egipcios, despues se ve una aldea turca con su mezquita; en fin, se necesitan muchos dias para

visitar debidamente los jardines de la espléndida morada de Catalina.

En cuanto al interior del palacio es de una riqueza inaudita. La capilla está dorada casi enteramente sobre



Paseo nocturno por los hielos en el parque de Tsarskoé Selo.

un fondo azul. El salon de banquetes que comprende toda la anchura del edificio sobre dos pisos de elevacion es tan vasto que caben allí hasta 3,000 personas; tiene

espejos entre todos los balcones, y sus adornos dorados sobre fondo blanco están sembrados con tanta profusion que deslumbran la vista. En las dos extremidades hay

altas pirámides de jarrones de la China y del Japon. Los aposentos de la familia imperial se hallan por el lado [del jardin; allí nació el emperador Nicolás; los

grandes salones de recepcion están por el lado del patio. Una de las salas está completamente cubierta de ámbar; otra de lapislázuli; otra de nácar de perla, otra de laca de la China; los muebles son adecuados á todas estas riquezas, y los cuadros y los objetos de arte se mezclan por todas partes con el lujo oriental, realzado por todos los prestigios de los grandes recuerdos del poderío soberano del Norte. La laca que guarnece las paredes del inmenso gabinete de trabajo, es de un precio fabuloso, pues fué pedida á la China; todas las figuras y ornatos son de relieve dorados ó pintados con los colores mas vivos. El interior del teatro que tiene la forma exterior de una pagoda, está adornado igualmente con magníficas telas y objetos de la China; los dos palcos de proscenio son de laca grabada.

A pesar de la suntuosidad del palacio de Tsarskoé-Selo, el emperador Nicolás prefería habitar el palacio moderno de Alejandro construido á poca distancia de la antigua residencia y que comunica por medio de los jardines. Catalina II en los últimos años de su vida fué quien comenzó esta nueva morada imperial para su nieto Alejandro. La fachada principal se halla adornada con columnas que reúnen las dos alas del edificio. El interior es de un gusto casi modesto. El gabinete de trabajo del emperador Nicolás se halla lleno de modelos en pequeño de todas las tropas del imperio. Los cuadros que se ven en los aposentos de ese palacio son en gran parte de pintores franceses y representan las campañas de Napoleon.

Los jardines no tienen en rigor sino unas anchas alamedas practicadas con elegantes sinuosidades en medio de un bosque. Sin embargo, su aspecto es imponente, sobre todo cuando cubren los árboles las primeras nieves. Cerca del palacio hay una isla muy graciosa con bonitos yachts engalanados con banderolas. A lo lejos en un sitio silvestre se distinguen de repente las inmensas ruinas de un viejo castillo. Los arcos de la capilla gótica, el torreón almenado, la ogiva de la puerta de entrada están en pié todavía en medio de los escombros medio cubiertos de plantas parásitas. Este símbolo del feudalismo occidental es una imitación de mucho gusto. Pero en breve el paseante encuentra en su camino otra imitación; es la de un palacio nuevo construido al estilo de los castles de la antigua Inglaterra.

El emperador Nicolás era aficionado á las antigüedades; mandó comprar armas, vidrieras, etc., y la edad media se hallaba representada en su corte con todo lo mejor conservado que pudo hallarse. Luego hubo que instalar la colección, y para ello elevaron el palacio llamado vulgarmente el Arsenal. Todos los aposentos que figuran la habitación de un caballero de edad media están guarnecidos de cotas de malla, armaduras, cascos, lanzas, hachas de armas; hay modelos de caballos enjaezados como á la usanza de entónces. Excusado será decir que el oro y las piedras preciosas no faltan entre tanto hierro: allí se ven dos mantillas de terciopelo bordadas de magníficos diamantes, regalo del sultan; un neceser de viaje que sirvió á Napoleon en 1812 despierta un recuerdo histórico tan grande como triste; lo mas notable es que todas las piezas de este neceser están adornadas de flores de lis grabadas, y esto así como su forma prueba que perteneció á Luis XVI. Bajo el mismo fanal se ve una mecha de pelo del cautivo de Santa Elena cortada despues de su muerte, que tiene esta inscripción: *Enviada de Londres por la señora princesa Lieven*. El conservador de este museo enseña muy complacientemente todas las armaduras orientales que son dignas de mucha admiración. Algunas de ellas son trofeos de la guerra del Cáucaso. Parece que esta colección del Arsenal ha costado diez y siete millones. En medio de tantas riquezas las miradas se fijan en unos paños toscos clavados en palos, que son los estandartes de Chamyl; cuando se ven las pequeñas placas de metal que otorga ese jefe como señal honorífica; quién puede contar los millones que los trofeos del Arsenal cuestan á la Rusia?

Cerca de ese palacio hay un río silencioso y triste sobre el cual se deslizan hermosos cisnes blancos. Todos los días la gran duquesa Alejandrina cuando estaba en Tsarskoé-Selo daba de comer á los cisnes; allí pasaba horas enteras entregada á sus meditaciones y allí se ha elevado un monumento á su memoria. En un mausoleo de mármol blanco y negro una estatua representa á la princesa; la joven madre moribunda tiene entre sus brazos á su hijo muerto. Nada entenece mas que ese lugar fúnebre. A la orilla del agua han construido una casita rústica, donde los visitantes contemplan un bonito retrato de la gran duquesa Alejandrina.

Durante el otoño la residencia de Tsarskoé-Selo es ordinariamente para la familia imperial un tiempo en que se destierra la etiqueta, en que se suceden los placeres como medio de ocupación, pues ya son largas las noches. Entónces levantan en los aposentos del antiguo palacio un teatrillo donde acude á dar representaciones la compañía francesa. A veces la sociedad íntima, las señoritas de honor, los ayudantes y los grandes oficiales de la corona se divierten en hacer comedias. En otras ocasiones acude allí la compañía de baile.

Como Tsarskoé-Selo se encuentra en una posición mas elevada que San Petersburgo, las aguas se hielan, cuando todavía no ha helado ni aun en los canales menos profundos. Estos hielos prematuros ofrecen á los habitantes del palacio imperial la ocasión de correr patines; nuestro dibujo representa uno de esos paseos nocturnos. El lago está iluminado en sus orillas con fuegos de Bengala de distintos colores, y los patinadores se deslizan por los hielos con una antorcha en la mano, los unos empujando sillones con patines donde van las señoras y los otros sirviéndoles de guía ó de escolta. Todas esas

luces que se reflejan en los árboles cargados de nieve, producen un efecto admirable.

Otros placeres disfrutaban igualmente los habitantes de la residencia imperial de Tsarskoé-Selo, y entre ellos figura en primera línea el de las carreras de caballos; en la pág. 320 de este número damos un dibujo de una de estas fiestas con una corta descripción del hipódromo donde se verifican.

H. A.

Hemos traducido con indecible placer el siguiente hermosísimo artículo que acaba de escribir Lamartine. Cual él, hemos sentido siempre simpatías por esa religión de los Indus, que si bien no llea á la verdad divina, tiene al menos por base los mas suaves sentimientos del corazón.

La lástima, de la que hemos dicho varias veces que es el mas puro de los amores, esa lástima que creen algunos peculiaridad femenina ó de pobres de espíritu, la juzga así el eminente autor y crítico francés Henri Blaze de Bury, hablando del autor alemán Arnim: *poseía esa facultad de compasion que es propia de las grandes naturalezas y de las mentes elevadas y que nadie ha poseído como Shakespeare*. Esa eminente cualidad no se cultiva sino con respecto á nuestro prójimo; y no obstante, como dice el gran escritor que traducimos (tan acertado siempre que habla su corazón), no será completa la civilización mientras la compasion no se haga extensiva á todo cuanto padece. ¿Qué diría Lamartine si presenciase una de nuestras corridas de toros!!! Qué, si viajase en diligencia y presenciase la ferocidad (que no tiene otro nombre) de nuestros mayores, carreros y carreteros y la impasibilidad de la mayor parte de los viajeros al contemplarla! ¿Qué pensaría al ver la manera con que trata el hombre á la mas inofensiva, á la mas mansa, á la mas útil, á la mas paciente, á la mas sufrida, á la mas indefensa de sus víctimas, el burro!! ¿A qué punto de atraso juzgaría nuestra civilización!!! Pues qué, si para infundir esas ideas y sentimientos de compasion entre las gentes toscas se uniesen todas las gentes cultas ¿no acabarían por lograrlo? Muchas veces lo hemos hecho nosotros, sin temor á que se nos contestase con una insolencia. Unas veces no lo han dicho, otras se han reído por la novedad del caso, pero muchas hemos tenido la dicha de evitar una acción cruel: ¿qué mas dulce compensación? Varias veces hemos hecho cesar los tormentos de que era víctima un infeliz perro, gritando con imperio: *ese perro es mio*: inocente mentira que recomendamos como eficaz auxilio á las gentes cultas y compasivas, á quienes ofenden las crueldades cada día mayores que se cometen á nuestra vista. ¿Por qué no se encarga á los celadores de policía que impidan tanta atrocidad? ¿Acaso están sin entrañas en su derecho para cometerlas? No. En su derecho sí están los honrados vecinos para exigir que no se traiga á su vista, ni se les mortifique con tan bárbaros y ruidosos escándalos. ¿Para qué vivimos en sociedad? ¿No es la primera exigencia de esa mancomunidad la de considerarnos y respetarnos mutuamente unos á otros? Pues ¿por qué han de tener el privilegio los hombres soeces y crueles, y los malvados y los ociosos pilluelos, de exceptuarse de esta ley de buen gobierno mortificando tan angustiosamente á las gentes cultas?

No pedimos á Dios otro bien ni otra prosperidad para España y para la humanidad entera, sino la compasion, esa compasion dulce y universal que no puede ver sufrimientos en sus semejantes ni en sér alguno, sin tratar de aliviarlos por cuantos medios á su alcance estén, compasion que tuvo Dios en el mayor grado con sus criaturas. Le rogamos que nos la envíe; que toque los corazones duros como por su inspiración tocó Moisés las rocas del desierto, para que broten de ellas las puras y santas fuentes de la compasion y de la lástima.

FERNAN CABALLERO.

La última cacería de Lamartine.

Un día al salir á cazar, me llevé un volumen inglés traducido del Sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la yerba aun empapada del rocío, en la linde del bosque. De cuando en cuando lo distinguía por entre las matas, enderezando las orejas, sacudiendo sus cuernos, aspirando la brisa, calentando al sol naciente su tersa piel, arrancando los tiernos retoños, y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guarda-bosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurías se mezclaban á menudo con las de mi padre; por lo tanto nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el brutal instinto del hombre, en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningun derecho, á unos pobres animales que tendrían sobre él, el mismo de caza y muerte, á ser tan insensibles, tan feroces, y á ir tan armados en sus diversiones. El perro había dado con el rastro, me hallaba con la escopeta en la mano, y tenía al corzo al extremo del cañón; pero no podía desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en cortar de repente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia, en un sér que no me había hecho mal ninguno; que saboreaba la misma luz, el mismo rocío y la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providencia, y dotado quizás de una sensibilidad superior á la mia, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afección que yo, en el bosque; buscando á

un hermano, esperando por su madre, buscado por su compañera, y llamado por sus hijuelos. Pero el instinto maquinal de la costumbre dominó á mi deseo de no matar. El tiro partió, y el corzo cayó atravesado un brazo por la bala, haciendo en su dolor, vanos esfuerzos para levantarse del suelo enrojecido con su sangre.

Cuando se hubo disipado el humo del tiro, me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no había aun muerto, y me miraba con la cabeza recostada en la yerba, y con los ojos anegados en lágrimas. No olvidaré nunca aquella mirada, á la que el espanto y el dolor daban una expresión de sentimiento enteramente humana, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen tambien su lenguaje; sobre todo, cuando están próximos á cerrarse para siempre.

Aquella mirada me decía claramente con una desgarradora reconvención: «¿Quién eres tú? ¿yo no te conozco: nunca te he ofendido: tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿por qué me has arrebatado la vista del cielo, de la luz; mi parte de aire, de juventud, de felicidad y de vida? ¿Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque, y que no volverán á ver de mí, mas que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta yerba? ¿No hay allá arriba nadie que me vengue, y que juzgue tu crueldad? Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera: pues mi natural es generoso aun para con mi asesino, en mí no hay mas que asombro, dolor y lágrimas.»

Esto decía la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendía, como si hubiera oído su voz. «Acábame de una vez,» me parecía aun que quería decir, al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros. Hubiera querido poderlo curar á cualquier precio, pero volví á tomar la escopeta, y cerrando los ojos, di fin á su agonía con el segundo tiro. Arrojé entónces la escopeta lejos de mí, y confieso que me eché á llorar. Mi perro parecía tambien enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver se echó tristemente á mi lado: los tres quedamos en un profundo silencio como en el duelo de la muerte.

Era el medio día y esperé que el viejo pastor que conducía los carneros al establo durante las horas del calor, volviese por la linde del bosque, para encargarle que llevase el corzo á la casa. Mientras tanto, saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura. ¿Vano esfuerzo! lo abrí por una página en donde se leían las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indus infiltrada en sus dogmas de caridad universal. Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre á todo lo que está dotado de vida y de sensación, se apercebe en ellas la caridad del mismo Dios, por su creación animada ó inanimada.

El poeta refiere la ascension al cielo de un héroe, pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo mas pesado, mas escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que mas le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin compasion de sus infortunios, se vuelven atrás y sucumben á sus piés, en los picos de hielo y nieve de la subida. Parientes, amigos y hasta su misma esposa, se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio. Solo su perro, mas fiel y mas inseparable de él que el amor y la amistad, sigue jadeando las huellas de su amo para morir á su lado ó para triunfar con él.

El héroe llega al fin á las puertas del cielo que se abren para él, pero se cierran para el animal. Entónces el hombre, penetrado de una justicia sublime, y de una abnegación que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansion de la felicidad divina si no se concede la misma gracia al perro, compañero en sus fatigas y merecimientos. Los dioses, enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada al animal con el hombre; y las puertas vuelven á cerrarse tras de ellos. He anotado este fragmento de caridad universal, y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar, aun mas que la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina, que prohíbe á los hombres, no tan solo matar á los animales sin una absoluta necesidad, sino aun despreciarlos; porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra, y debemos responder de ellos ante nuestro padre comun; porque les somos superiores en inteligencia, y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos. Adoro y admiro esa confraternidad universal entre todos los seres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente, y entre todo lo que ama aquí abajo, segun la medida de su inteligencia y de su posición respectiva. Concluyó, pues; que el poeta indio era el verdadero sabio, y yo el bárbaro ó ignorante, en medio de una civilización que tan atrasada se encuentra en el camino del amor; ó mas bien que no ha llegado aun á emprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un día á su término.

Renuncié para siempre al placer brutal de la caza, al despotismo cruel del hombre, en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho, á unos seres á quien no puede volvérsela. Juré no quitar jamás por solo un capricho, ni una hora de sol, á esos pobres habitantes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean

como nosotros la corta alegría de la luz, y el instinto mas ó ménos vago de su existencia.

Pertenece á Dios, dije: Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida, á cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilizaci6n nos consiente hacer impunemente autorizándolo las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.

Desde aquel dia no he vuelto mas á cazar; el libro comentando tan patéticamente la naturaleza, me convenció de mi crimen. La India me reveló la caridad en el corazon humano, hasta su mas lata extension.

A. DE LAMARTINE.

LA PALMA.

Planta graciosa
De suelto talle,
Virgen del valle,
Palma gentil.

En tí se mira el sol del mediodía,
Buscando vienen desde el soto ameno
Las palomas tu dulce compañía;
Reposan en tu seno
Mayo y abril.

Cubren tus ramos
Fruto de oro,
Fresco tesoro
De ámbar y miel.

Pace á tus piés el tímido cordero
Y el césped tiende su rizada alfombra,
Y en ella salta el manantial ligero;
Rico bajo tu sombra,
Brotó el laurel.

Verde corona
Ciñe tu frente,
Virgen de Oriente,
Palma inmortal.

Suelta y graciosa en el ambiente ondeas;
Es sobre tí la niebla fugitiva
El manto de las vírgenes hebreas;
En tí circula altiva
Savia real.

Al sol que muere,
Sobre tus galas
Tiende sus alas
Cándida Huri.

Si al trémulo volar del aura inquieta
Los tiernos ayes de tu amor conlías,
Las cuerdas son del arpa del profeta
Que en blandas melodías
Gimen en tí.

El agua pura,
Que á tu pié anida,
La alondra herida
Viene á beber.

El águila cortando el vuelo incierto
Sobre tus ramas dóciles reposa,
Y el árabe perdido en el desierto,
Con tu raiz jugosa
Calma su sed.

Yerba suave
Sobre la arena
Tu sombra amena
Hace brotar.

Tú ves las soledades abrasadas
Que aire de fuego sin cesar fatiga:
Las hijas de Sion desventuradas
Bajo tu sombra amiga
Van á llorar.

Aquí mas pura
Alzas la frente,
Virgen de Oriente,
Palma gentil.

Que aquí el pichon y la paloma bella
Se enamoran en dulce confianza,
Y alegre aquí la cándida doncella,
Sus sueños de esperanza
Viene á dormir.

Palma graciosa
De suelto talle,
Virgen del valle,
Planta real:

Ufano de tu dócil gentileza
Prendió en tus ramas el pudor su velo,
Símbolo del amor y la pureza,
Para adorarte el cielo
Te hizo inmortal.

José SELGAS Y CARRASCO.

La Turquía y el istmo de Suez.

La Turquía tiene considerables intereses enlazados con el proyecto de apertura del citado istmo: interés político, interés religioso, interés mercantil, interés financiero, tales son las elevadas consideraciones que en este asunto debe tener en cuenta aquella nacion.

El interés político está precisado por esa situacion que afianza la estabilidad del Imperio dotándolo de un nuevo conducto marítimo cuya independencia estaria tan interesada la Europa en conservar, como celosa se ha mostrado en conservar la neutralidad en los Dardanelos.

La integridad del Imperio otomano consignada en tratados que absolutamente no tienen muchas veces otra garantía que el interés propio de las naciones contratantes, adquiere una seguridad completa por la necesidad de los hechos en las condiciones indispensables

del equilibrio del mundo. Las naciones europeas tienen un motivo de interés en defenderla; en adelante tendrán dos. El Gran Señor queda encargado de dos puntos importantísimos bajo el aspecto político y el mercantil; estos dos puntos son el paso del mar Negro al Mediterráneo, y la comunicacion del Mediterráneo con los mares asiáticos y australes.

Bajo un mismo poder esos dos puntos se prestan mutuamente fuerza; el uno es garantía del otro. Bajo un mismo cetro consolidan y sancionan la neutralidad del Imperio que está nueva situacion acaba de incorporar al equilibrio europeo.

Como las naciones europeas nunca podrian consentir en que el canal de Suez pasase al exclusivo dominio de una de ellas, el Egipto en ningun caso puede servir de apoyo ó compensacion; y así se desvanecen las ilusiones de los estadistas que para obtener una parte en los despojos harian aceptar un dia á la Europa la division del Imperio otomano.

Ha pasado ya la época en que dominaba la política de las conquistas exclusivas; pero suponiendo que esa época debiese reaparecer, ¿cuántos peligros hubiera de prever y resistir el Imperio otomano?

Habria de defender á Constantinopla de los ataques del Norte, y el Occidente le obligaria á desvelarse para la conservacion del Egipto. Estos son los dos pesos de la balanza, pues no debe echarse en olvido que desde principios de este siglo, se ha propuesto la division del Imperio otomano en dos circunstancias memorables: una vez la ambicion de Francia y otra vez la ambicion de Inglaterra se ha fijado en Constantinopla por un lado y en el Egipto por otro.

Recientes acontecimientos han manifestado que la Turquía no es la única interesada en rechazar los ataques que tengan por objeto Constantinopla.

Por lo que hace al Occidente, sabemos ya que Inglaterra y Francia nunca podrán estar de acuerdo con respecto á la posesion del Egipto, debiendo ser exclusiva á cualquiera de las dos. Sube de punto empero la seguridad, si la cuestion, dejando de ser nacional entre Inglaterra y Francia, se convierte en europea, si por la posesion de la comunicacion neutral de los dos mares mas ricos del mundo el Egipto bajo la soberanía del sultan hiciese interesar en su situacion al Austria por la prosperidad del Adriático y el desarrollo de su comercio marítimo, á Italia y Francia por sus puertos en el Mediterráneo, á Inglaterra por sus comunicaciones con la India y Australia, á España por sus colonias y su litoral en el Mediterráneo, á la Holanda por sus intereses en Sumatra, Java y Borneo, y por último á los Estados Unidos de América por el atajo que proporcionaria á la comunicacion entre sus puertos del Océano Atlántico y los del Océano Austral, ahorrando á los buques unas tres mil leguas de navegacion.

Fuera de esto tengase en cuenta que todos los intereses que sirven de garantía á la conservacion del *status quo*, cooperan á que el canal de Suez sea un motivo para unir mas y mas el Egipto con el resto de Europa. Con esto debe desaparecer para siempre el antagonismo entre el virey y el Gran Señor, no solo por las consideraciones que acabamos de indicar, consideraciones relativas á las demás potencias, si que tambien por una poderosa razon de política interior. En efecto, como el canal de Suez será la demostracion material del principio, á veces desatendido, de que la prosperidad y el poder del Egipto son elementos esenciales para la Turquía, la fidelidad del vasallo será tanto mayor y mas segura en cuanto los partidarios de la debilidad del Egipto habrán perdido toda su influencia en los consejos de la Puerta.

Vamos á ver ahora como en esta cuestion el interés religioso favorece al interés político, sirviéndose mutuamente de apoyo muchas veces.

El poder de los sultanes sucesores de los califas es al propio tiempo un poder político y la suprema autoridad religiosa: el Gran Señor es la cabeza y el protector de la religion musulmana, á la vez que el soberano de las comarcas que forman sus Estados.

Nadie ignora la importancia que los creyentes dan á la posesion de los santos lugares, posesion que consideran como una consideracion esencial de la autoridad espiritual del sultan; pero tampoco se ocultan á nadie las dificultades y rémoras con que cuentan las actuales comunicaciones entre la Turquía y la Arabia, las inmensas distancias que se han de salvar, y los desiertos por los cuales se atraviesa para enviar directamente fuerzas bastantes con el objeto de conservar la supremacia necesaria.

La realizacion del canal de Suez haria desaparecer todos estos obstáculos; Constantinopla podria comunicarse en pocos dias con las costas de la Arabia, una direccion marítima siempre practicable y fácil le permitira atender á todas las eventualidades, y colocaria realmente los santuarios de la fé musulmana bajo la accion directa de su pontífice supremo.

La ejecucion del proyecto resuelto por el virey de Egipto facilita todavía y multiplica, en beneficio de la autoridad del sultan, uno de los actos de fé predilectos para la devocion musulmana y evita á los súbditos del Imperio los peligros de la santa peregrinacion, peligros de los cuales dejan anualmente tristes testimonios en su actual camino las caravanas.

Igual beneficio indirecto, pero no ménos real, proporciona el canal de Suez á las poblaciones musulmanas del Asia y del Africa oriental y central. Uniendo los dos mares, introduce en el mar Rojo y pone á la disposicion de los peregrinos de esas comarcas los muchos y perfeccionados medios de comunicacion con que cuenta la

navegacion del Mediterráneo, y sujeta mas á la influencia del sultan los pueblos que reconocen y respetan ya su supremacia religiosa.

Fuera un error creer que esto no puede influir mucho en el porvenir del gobierno del Gran Señor. Uno de los sabios viajeros que conocen mejor el Sudan á Nigricia, el conde de Escayrac de Lautare, nos dice que en sus guerras los reyes del país han solicitado muchas veces la intervencion moral y la decision arbitral del sultan de Constantinopla.

Bajo el aspecto mercantil la Turquía obtendrá con la union de los dos mares ventajas tan manifiestas como bajo el punto de vista político y religioso.

Sin necesidad de remontarnos á los recuerdos de la antigua Bizancio, veremos que en algunos períodos de la edad media Constantinopla fué uno de los grandes puntos de comercio entre el Occidente y el Oriente. Por el Eufrates y por la parte superior del Asia recibia los productos de la India, las sedas de la China; y los géneros del Oriente embarcados en los puertos del mar Negro eran descargados en las playas del Bósforo. Los venecianos y los genoveses sostenian estas importantes relaciones.

Perfeccionados empero los caminos, y establecidas combinaciones diferentes la abertura del istmo debe ofrecer al comercio y á la navegacion de Constantinopla una carrera mas productiva todavía.

Un solo dato material basta para manifestar las ventajas que esta ciudad tiene derecho á esperar de este nuevo derrotero.

Ninguno de los grandes puertos europeos ha de aproximarse tanto á las Indias y á la China por medio del canal marítimo como el puerto de Constantinopla, siendo así que ahora es el que se encuentra á mayor distancia. Actualmente dista de Bombay seis mil leguas, y despues solo distará mil ochocientas, y será por precision el depósito de una parte del comercio que se efectuará entre los mares orientales y el mar Negro, comercio del cual puede cualquiera formarse una idea teniendo en cuenta, que Trebisonda y Odesa distan ménos de Suez que Trieste y Marsella.

Prescindimos además de que esta ventaja de la brevedad es aplicable á todos los puertos del Imperio otomano en el Asia Menor, en Siria y en el Archipiélago.

Por las bocas del Danubio Constantinopla hará extensiva su influencia mercantil hasta el interior de Hungría y de la Alemania, y las provincias moldo-valacas adquiriran nuevos elementos de prosperidad.

Por último la Turquía actualmente agena á los grandes negocios de la navegacion realizada por los cabos de Hornos y de Buena Esperanza podrá tomar en ellos una parte activa aun en el actual estado de su marina, cuando el gran derrotero para los buques que se dedican á este comercio será el mar Rojo, cuando por el canal de Suez se haga accesible á los buques procedentes del Mediterráneo.

No hacemos mas que insinuar los resultados inmediatos que producirá el canal, y prescindimos de la importancia y desarrollo que sabrán darles el propio interés de los comerciantes y la ilustrada solicitud del gobierno por el bienestar y el progreso de las poblaciones.

Bajo el aspecto financiero el proyecto del canal de Suez proporcionará importantes réditos á la Turquía, sin que se exponga á sufrir la menor carga y sin que se le pida garantía alguna de interés por los capitales que irán á aumentar la riqueza del Imperio.

En el acta de concesion se estipula que de los productos líquidos del canal se dará el quince por ciento al gobierno egipcio, y este por su parte ofrece ceder al Tesoro imperial la mitad de semejante rédito. Segun cálculos que nada tienen de exagerados, este producto puede ascender nada ménos que á unos cinco millones de francos.

Las consideraciones que acabamos de exponer pueden tranquilizar en nuestro concepto á los que se han alarmado recientemente por ciertos rumores que atribuian á elevados funcionarios de la Puerta, disposiciones poco favorables al glorioso proyecto del virey de Egipto.

No sabemos que nadie se oponga en Constantinopla á este plan sino el embajador inglés, oposicion que nos creemos dispensados de consignar, si bien es notable que habiendo principiado en 1854 no se haya manifestado hasta ahora en algun documento oficial.

En cuanto á los empleados de la Puerta, solo les hemos merecido testimonios de su buena voluntad, y no debemos echar en olvido que en un despacho del visir dirigido al virey de Egipto se aprueba en principio nuestro proyecto considerándolo como uno de los mas útiles de Europa, proyecto cuya ejecucion inmediata, fácil en concepto de los ingenieros y garantida por capitales suficientes, no puede encontrar ahora graves dificultades.

F. DE LESSEPS.

VAL-DONCEL.

LEYENDA GALLEGA.

Tomamos de un periódico de Galicia esta bonita leyenda:

«A poca distancia de Betanzos existe un amenísimo valle cuyo nombre es Val-Doncel.

Ninguno de nuestros lectores que haya pasado cerca de aquel sitio dejaria indudablemente de visitarlo, á ménos que no fuese un hombre ageno á las dulces afecciones. Si esto no sucediese, se extasiaria bajo sus

frondosas arboledas, y veria correr con cierto placer interior las numerosas y limpias corrientes de agua que cruzan aquí y allá, y van á unirse con la ría.

Yo lo he visitado á la caída de una hermosa tarde de verano: yo aspiré las puras y saludables emanaciones de las montañas traídas en alas de una brisa pura y embalsamada como se percibe tan solo en las montañas de Galicia.

Allí tuvo lugar una hazaña que cubrió de gloria á sus hijos y se transmitió á la posteridad por medio de la historia.

Eran las seis de una mañana del mes de mayo del año 783, y ocho galeones moros profusamente adornados de flámulas y gallardetes acababan de fondear en la ría de Betanzos, cerca del sitio que aun hoy se llama de las *Galeras*.

A su vista los habitantes del país abandonaban apresuradamente sus hogares, corriendo con sus hijas á esconderse en las quebraduras de las montañas, y en las profundas cuevas tan abundantes en Galicia. Mas era en vano la huida, pues los sectarios de Mahoma, con perros atraillados ya enseñados de antemano, les daban muy pronto caza, y el ominoso y con justicia odiado tributo de Mauregato era satisfecho á pesar de cuantos esfuerzos y estrategias se hacían para evitarlo.

Sabido es que solo Galicia y Asturias eran las que suministraban las cien doncellas destinadas á satisfacer las exigentes y brutales pasiones de los cortesanos de Abderramen. A cada uno de los pueblos de estas dos provincias les estaba designado el número que habían de entregar cada año; y este era segun la importancia y poblacion que tenia.

A Betanzos, que en aquellos remotos tiempos era una ciudad casi populosa, le correspondía contribuir al tributo con seis doncellas nobles y seis plebeyas.

Entonces cuando tan arraigados estaban en el pecho de los gallegos los sentimientos pundonorosos y caballerescos; entonces, cuando todo, al ménos en la apariencia, se posponía á la voz del honor, mal podía sobrellevarse tan ignominiosa carga; así que eran inauditas, casi fabulosas, las hazañas que por librar á las doncellas se hacían aun despues que estas se hallaban en poder de los recolectores de tan hermosos frutos.

La mañana á que nos referimos se veían reunidos frente á la iglesia de Santiago de Betanzos multitud de nobles y gente del pueblo conferenciando acaloradamente sobre la llegada de los galeones moros que habían dado fondo en la ría; y los emisarios moros de Asturias y de las demás partes de Galicia que se iban reuniendo en la torre del Val-Doncel, destinada á albergar doncellas, servía de mayor incremento á los comentarios.

— Señor de Lanzós, decía uno de los nobles, malas noticias son para vos las que corren; teneis una hermosa niña que guardar, y si es vista por esos perros infieles, no dejarán de codiciarla para agregar á su coleccion.

— Callad por Dios, señor de Osorio, y no aumenteis la pesadumbre que me oprime el corazon con vuestras palabras, respondió el de Lanzós. Demasiado presente tengo la desgracia que nos amenaza, sin que necesite recuerdos.

— Mal año, exclamó un noble de atléticas formas y

cejijunto ceño, mal año para el rey infame y envilecido á quien debemos tan ominosa carga, y maldito sea el pueblo cobarde que no lo estorba, y si permite que le arrancquen sus hijas. Yo, continuó cada vez mas exaltado, si me veo en la precision de entregar mi hermana Eldona, á pesar del gran cariño que la tengo, antes de verla en las manos de nuestros opresores la sepultaré esto en el pecho.

— ¿Qué ocurre, que os encuentro á todos reunidos en la plaza? dijo un sobrio y encopetado caballero, que armado de punta en blanco se acercó al corrillo.

— ¡Qué! ¿No sabeis lo que pasa, señor conde de Andrade?

— No, á fé.

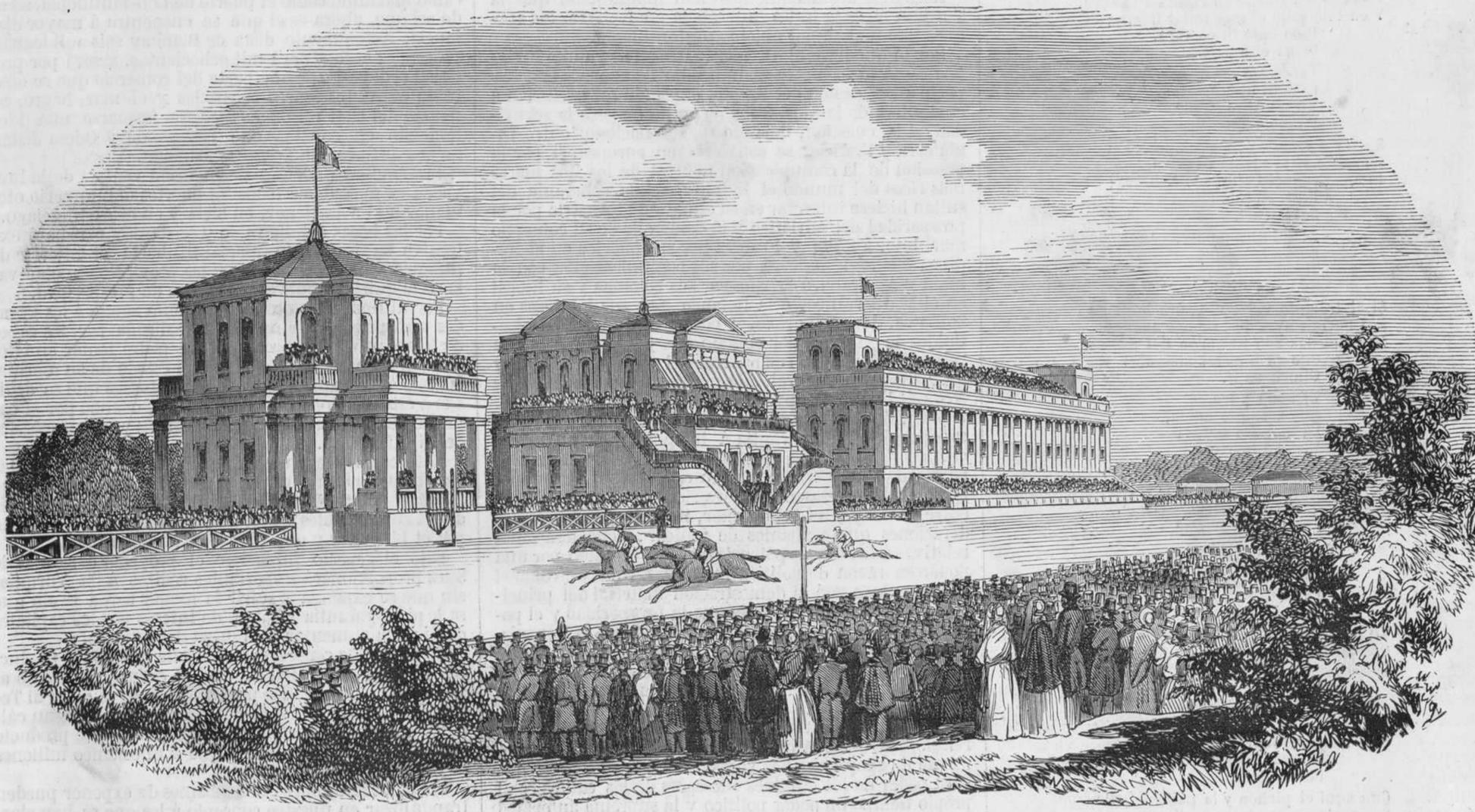
— Acaban de llegar ocho barcas morunas en busca de las doncellas.

— Hombre, hombre, pues eso es cosa que en mi concepto no debía extrañar á nadie, pues no es la vez primera que sucede.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando un murmullo sordo, á duras penas contenido, que salía de las masas del pueblo, les dió á conocer que alguna nueva ocurría.

Así era. Al poco tiempo desembocaron en la plaza multitud de moros lujosamente ataviados.

A su paso tenían que sufrir por do quiera las invectivas, denuestos y hasta arremetidas del populacho, que no podía mirarlos impasiblemente, y procuraba por cuantos medios habia, molestarlos y privarles llevasen á cabo su objeto, que era recoger las doce desventuradas jóvenes que, como llevamos dicho, correspondían á la ciudad.



Carreras de caballos en Tsarskoé-Selo.

Mas pese á sus deseos, á la mañana siguiente contemplaron, aunque con furor, la marcha de las doce doncellas para ser reunidas á las que se hallaban en la torre de Val-Doncel.

Doce hermosas jóvenes montadas en poderosas mulas lujosamente enjaezadas, y escoltadas por los moros, caminaban llorando lastimosamente á la vista de padres y hermanos, cuyos torvos semblantes manifestaban á las claras los horribles tormentos que los martirizaban, y el trabajo que les costaba perderlas de vista. Así que muy á disgusto de los moros no las abandonaban hasta que estaban embarcadas y veían que ningun remedio humano les quedaba.

Al llegar al valle les esperaba un espectáculo dolorosísimo; un anciano plebeyo, cuya hija estaba en poder de los moros, tan pronto como se apeó de la mula para entrar en la torre, se llegó á ella apresuradamente, y despues de haberla abrazado con gran ternura exclamó, sepultándole en el pecho una daga: *Antes muerta que deshonrada*. Y enseguida, al mirar á la que tanto quería bañada en sangre, y agitándose entre las convulsiones de la agonía, cayó tambien al suelo exhalando el último suspiro.

Aquí no tuvo límites la indignacion general, y los naturales del país, capitaneados por cinco nobles que eran hermanos, y uno de los cuales contaba á su que-

rida en el número de las cien doncellas, arremetieron denodadamente á los israelitas.

Trabóse una reñida contienda, y bien pronto la sangre de ambos bandos tiñó el campo. Allí el odio, por tanto tiempo contenido á duras penas, se desbordó.

Durante el fragor de la refriega los cinco nobles inutilizaron sus espadas al chocar contra los aceros de las armaduras, y no pudiendo haber otras armas á mano, arrancaron cinco ramas de una de las infinitas higueras que entonces cubrían el valle, y que por esta circunstancia se llamaba el *Campo de las Higueiras*, y con ellas hicieron tantas y tales proezas que consiguieron llamar la atencion de cristianos y moros.

Desde aquel memorable dia agregaron un cuartel mas á sus armas. Este fué el de poner en campo de plata cinco hojas de higuera, aludiendo á las cinco ramas con que substituyeron las espadas, y al apellido que entonces usaban agregaron el de Figueroa, derivacion de *Figueira* ó *Higuera*.

Derrotados completamente los moros, fueron perseguidos con abinco hasta las montañas, en donde cuenta la tradicion no quedó uno solo con vida: y desde aquel dia el valle trocó el nombre que tenia de las Higueiras por el de valle de las Doncellas, que ha llegado á nuestros dias, aunque adulterado. Hoy se llama Val-Doncel.»

El hipódromo de Tsarskoé-Selo.

Las carreras de caballos de Tsarskoé-Selo llaman en alto grado la atencion del público de San Petersburgo. El hipódromo, construido en la vasta llanura que se extiende sobre la izquierda del camino de hierro, enfrente de la residencia imperial de Tsarskoé-Selo, tiene dos verstes de circunferencia, y se compone de una galería pública dividida en dos anfiteatros con gradas á la romana, ó llámense los tendidos de nuestras plazas de toros, con dos hileras de palcos sostenidos por hermosas columnas de orden jónico. El primer pabellon que está reservado para la familia imperial tiene su entrada de honor por una escalera doble: el interior es una rotunda con columnas de orden corintio; el otro pabellon destinado á las autoridades presenta un octógono de orden romano. En el balconcillo situado en la parte baja del pabellon se colocan los jueces de las carreras; y en la inmensa llanura donde se ha trazado ese circo magnífico millares de aficionados á estas funciones hípicas disfrutan anualmente del mas bello espectáculo que pueden presentar en ningun país las carreras de caballos.

De esta manera el gobierno ruso imitador inteligente de la civilizacion occidental fomenta y favorece las mejoras y perfeccionamientos de la cria caballar.